



Historias contagiosas en épocas de pandemia



Compiladora

Luisa Fernanda Córdoba Quintero

Historias contagiosas en épocas de pandemia



Compiladora
Luisa Fernanda Córdoba Quintero

© Universidad Católica Luis Amigó
Transversal 51A 67B 90. Medellín, Antioquia, Colombia
Tel: (574) 448 76 66
www.ucatolicaluismigó.edu.co – fondo.editorial@amigo.edu.co

ISBN (Versión digital):

978-958-8943-66-4

Fecha de edición:

20 de mayo de 2021

Compiladora:

Luisa Fernanda Córdoba Quintero

Autores:

Brigit Pineda Arroyave
Carlos Andrés Córdoba Quintero
Esteban Meneses Suárez
Jorge Iván Gaviria Mesa
María Isabel Zapata
Marlon Andrés Carmona Otálvaro
Norman Simón Rodríguez Cano
Rubén Darío Ramírez Arroyave
Santiago Andrés Rojas Barrientos
Sara Estefanía David Vallejo
Sarita Castro Grajales

Corrección de estilo:

Rodrigo Gómez Rojas

Diagramación y diseño:

Arbey David Zuluaga Yarce

Edición:

Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó

Jefe Fondo Editorial:

Carolina Orrego Moscoso

Evaluación de contenido:

Esta obra ha sido evaluada por pares, aprobada por el Consejo Editorial de la Universidad Católica Luis Amigó y editada bajo procedimientos que garantizan su normalización.

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Publicación financiada por la Universidad Católica Luis Amigó.

Los autores son moral y legalmente responsables de la información expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la Universidad Católica Luis Amigó.

Declaración conflictos de interés:

Los autores de esta publicación declaran la inexistencia de conflictos de interés de cualquier índole con instituciones o asociaciones comerciales.

Esta publicación cumple con el depósito legal en los términos de la normativa colombiana (Ley 44 de 1993, Decreto reglamentario No. 460 de marzo 16 de 1995, y demás normas existentes).

Para citar este libro siguiendo las indicaciones de la cuarta edición en español de APA:

Córdoba Quintero, L. F. (Comp.). (2021). *Historias contagiosas en épocas de pandemia*. Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó.
https://www.funlam.edu.co/uploads/fondoeditorial/683_Historias_contagiosas_en_epocas_de_pandemia.pdf



ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

CUENTO Y REFLEXIONES

Memorias _____	14
Rubén Darío Ramírez Arroyave	
Radiografía de los días en cuarentena _____	17
Sara Estefanía David Vallejo	
Una vida plena _____	23
Jorge Iván Gaviria Mesa	
Renacer _____	30
María Isabel Zapata Cataño	
La casa-cobija y acobija _____	37
Brigit Pineda Arroyave	
Reinvención del ser _____	44
Sarita Castro Grajales	

RELATOS Y MORALEJAS

Un café al atardecer _____	50
Carlos Andrés Córdoba Quintero	
La muerte es el otro _____	57
Marlon Andrés Carmona Otálvaro	
Representación de una mirada ciega _____	63
Santiago Andrés Rojas Barrientos	
El millonario _____	69
Norman Simón Rodríguez	
El loco, la obsesiva y el perro viejo _____	76
Esteban Meneses Suárez	

PRESENTACIÓN

Vivir una pandemia es una experiencia que no todos pueden contar. ¿Alguno de nosotros habría imaginado transitar por una? Pues bien, hoy la realidad supera la ficción.

Ante lo que ha venido ocurriendo, las emociones se desbordan: Miedo, desesperanza, incertidumbre, tristeza, ansiedad, se amalgaman con pensamientos positivos; cada uno de ellos da cuenta de una forma de afrontar la situación. No todas las personas le damos la cara al hecho de la misma manera.

Justamente, esa subjetividad que nos hace humanos, adquiere voz en los escritos que este libro compila. El título *Historias contagiosas* deviene de considerar que las narraciones no van a resultarnos extrañas; al acercarnos a sus letras es probable que imaginemos escenarios, voces, personajes y también que nos sintamos identificados con las reflexiones y vivencias propias o ajenas producto de la pandemia, que describen sus creadores. Estas historias fueron construidas por autores con formación académica en áreas no relacionadas de manera directa con la literatura, y otros que independientemente de su profesión u oficio se han aventurado a contarlas, así como relatamos algo en medio de una conversación desprevenida.

Historias contagiosas en épocas de pandemia contiene tres tipos de escritos: cuento, reflexiones, relatos y moralejas. En un principio, el cuento “Memorias” nos traslada a un escenario protagonizado por un personaje con alzheimer.

En segundo lugar, las reflexiones inician con una “Radiografía de los días en cuarentena”, espacio en el cual su autora describe imágenes derivadas del confinamiento; de forma semejante, “Una vida plena” habla de un personaje que vio en la permanencia en casa una oportunidad para pasar tiempo consigo mismo, con sus lecturas y escrituras, hallando que sin los demás estímulos del mundo, los días pierden toda significación.

Una lección similar deja el texto “Renacer”, que nos invita a salir de esta pandemia siendo más humanos y más agradecidos. De otro lado, el escrito “La casa-cobija y acobija” es una reflexión sobre la ansiedad y angustia que produce la situación de salud actual y cómo ante ella nuestras casas son un refugio. Las líneas siguientes las ocupa la narración “Reinvención del ser” que habla sobre la necesidad de repensarnos y de apreciar la vida y el mundo que nos rodea.

En la siguiente sección, se incluyen los relatos y moralejas. En “Un café al atardecer”, un sueño se convierte en el medio para recordar lo vivido durante el aislamiento preventivo obligatorio. De otro lado, “La muerte es el otro” es una historia sobre la tensión que genera la pandemia en una familia, que termina perdiendo a uno de sus miembros.

El cambio abrupto en nuestros hábitos cotidianos y la perspectiva de quien vivió la cuarentena solo en casa, son abordados en “Representación de una mirada ciega”. A este escrito le sigue “El millonario”, relato en el cual un ecologista de convicción regala raciones de agua gratuita, augurándose cierta popularidad. Para terminar, “El loco, la obsesiva y el perro viejo” alude a una pareja con patrones de comportamientos obsesivo compulsivos, desarrollados después de la muerte de su hija.

Estas “historias contagiosas” quedarán guardadas en la memoria colectiva. Son el registro de cuánto subvaloramos el poder de las palabras, hasta que nos topamos de cerca con el término pandemia.

PRÓLOGO

Es hora de estar cuerdos, en esta cuerda floja

Buenos días o, quizás, buenas tardes o, a lo mejor, buenas noches; cualquiera sea la expresión de saludo acorde al momento en el que lee este texto, la extiendo deseando paz y bienestar.

Hoy se concientiza la humanidad del compromiso que se tiene con los próximos y con el mundo como tal. Durante mucho tiempo se ha hablado del calentamiento global y cuál ha sido nuestra respuesta para aportarle al planeta; de la corrupción y cuál es nuestro aporte al país para no ser facilitador y cómplice de este flagelo; se habla de ser éticos de nuestras acciones para ser coherentes con unos principios que de seguro nos han enseñado —o al menos nos ayudan— a caminar por buenos senderos. Ahora, la cuestión no es solo ello, saber cómo estamos, sino conocer qué queremos personalmente para experimentar una adecuada calidad de vida, una vida buena, un vivir en plenitud, porque con el proceder individual se degusta e impulsa el existir en este gran relato que es la vida, en este gran ensayo que es el escenario en que habitamos; mejor aún, el asunto hoy es acudir a una actitud reflexiva acerca del vivir, que logre reafirmar la vida misma como un gran mega relato y este, a su vez, evidencie que se aporta mucho en el contexto que cada uno habita, en la familia, en la sociedad, en el trabajo, en la academia.

Luego de varios meses de que casi la totalidad de la población mundial experimentara una crisis sanitaria, las páginas de este libro plasman —a través de cuentos, relatos o incluso reflexiones— los sentimientos moti-



vados por esta etapa en grupo de autores, quienes hoy le apuestan al libro titulado *Historias contagiosas en épocas de pandemia*. Los textos están disponibles para la lectura, pero la pregunta continúa siendo: ¿cuál fue su respuesta a quedarse en casa?, ¿siguió las recomendaciones para el lavado de manos?, ¿mantuvo el distanciamiento físico? Porque definitivamente este proceder favoreció continuar con vida durante la perplejidad pandémica.

Aquí reitero el saludo con el anhelo de paz y bienestar para usted y sus seres queridos, a modo también de un llamado, pues continúa siendo indispensable el autocuidado como un deseo afectivo de fraternizar para que el otro —que es “mi cercano”— se cuide; lo que resultará en una medida comunitaria con el compromiso latente de ¡hacerlo bien!; en este caso se trata de: “yo pongo, usted pone, todos ponemos”. Propongo que el mejor perfume, y sin costo alguno, sea siempre el autocuidado de modo responsable y exigente, y que su buen aroma se esparza al otro.

Se ha escuchado un sabio consejo: “la vida es un asunto serio, por eso necesitamos sonreír más, preocuparnos menos y lograr que cada día sea un avance en lo que queremos”; admitir esta recomendación es adquirir el compromiso de seguir adelante, desde un aquí y ahora siempre llamativo. Desconocemos en qué momento podremos caminar de nuevo más cercanos, más afectuosos y más confiados, por tanto, es de considerar que el tiempo es un presente tan majestuosamente incierto que se debe ser un heraldo inmarcesible consciente de estar por encima de la época y, en consecuencia, cada instante es un nuevo nacimiento que impulsa a vivir preparado. Al ser pensantes, somos inacabados y en permanente cambio, conservamos sentimientos, se suspira profundamente hasta llegar, a veces, a sollozar para que con una mirada desde el corazón y con la mente abierta, se logren vencer batallas y, en la que ahora se libra, se sigan surcando caminos para abrazar a los hijos, padres y hermanos, y que ese mismo aliento alcance para bordear la vida y la sociedad hasta que la existencia reconozca la capacidad del ser humano para franquear riscos altos y difíciles de cruzar.

Es menester recordar que hay tiempo para todo, como nos lo expresa el Eclesiastés, 3, 1-15:

Hay tiempo para nacer y morir; hay tiempo para plantar y arrancar lo plantado; hay tiempo para herir y curar; hay tiempo para destruir y crear; hay tiempo para llorar y sonreír. Tiempo para rectificar, para bailar, para tirar piedras y recogerlas; hay tiempo para abrazar y ser abrazado; hay tiempo para buscar y para encontrar; hay tiempo para guardar y encontrar, para tirar y recoger, para rasgar y coser; hay tiempo para callar y hablar; hay tiempo para amar y odiar, hay tiempo para la guerra y para la paz.

También hay tiempo para reinventarnos, como lo expresa Sarita Castro Grajales en una de las reflexiones aquí manifiestas:

El reinventarme como ser humano, con nuevos métodos de relación, de trabajo y de vida en general, me hace creer que la sociedad tal como la dimensionamos, se nos muestra buena y positiva cuando en realidad es hostil y cínica. ¿Qué sigue ahora? ¿Vamos a continuar igual? Gracias a la ciencia tal vez pronto se acabe esta pandemia, pero qué pasa con el alma rota, la ansiedad, la depresión y ese darse cuenta de una realidad interna carcomida por un ego que se convierte en un ser superior y nos oculta nuestro origen y nuestros verdaderos cimientos; qué pasa con esa sociedad en la que claramente se ve nuestro grado de inconciencia o incoherencia que se trasforma en una vil muerte fría pero segura.

Distinguir esta pandemia y el aprendizaje que hemos adquirido al experimentarla, conduce a elevar el nivel de consciencia y “ver más allá”, es observar el planeta, desarrollar grandes estrategias como son la aceptación, la valoración, la adaptación, la paciencia, la tolerancia y el respeto; ello es entender este “principio de realidad”. Es una prueba difícil, es una oportunidad.

Esta situación límite facilita el crecimiento. Se aprende a ver esta realidad no desde los miedos, sino desde la comprensión. La decisión está en cada uno, desde el mismo libre albedrío del hombre porque se tiene la facultad de tomar decisiones, por más pesadas y dolorosas que sean. En “ese ver” no se le debe dar cabida al orgullo, al ego, al miedo, pero sí al

amor, al valor; si se opta por las primeras posibilidades, de seguro dejará destrucción en su paz, en su energía, en sus relaciones interpersonales y en su salud; si por el contrario se decide por el amor, pasará la prueba que la vida le está presentando y, por tanto, el sufrimiento será menor; elegir al amor le hace un ser imperturbable, invulnerable y el control de la situación deja de ser externo para depender de cada uno y, por ende, le es posible ver oportunidades más que problemas... desarrollar la aceptación.

La vida es un propósito; plantéese caminarla con humanidad, actuar con sabiduría, todo tiene su tiempo. Lo que en esta vida existe es lo justo, lo preciso, lo exacto, lo correspondiente. Es necesario el proceso evolutivo que consiste en aprender a través de enfrentar las dificultades, para que en medio del caos y del dolor que se genera, se descubra el principio del amor que se encuentra en la vida misma, y ese principio que libera, hace más liviano el trasegar.

En sentido figurado, cuando se decide jugar y participar en torneos de fútbol, lo que ha de mantenerse en la mente es llegar a la titularidad para poder jugar, ¿y de quién depende? Allí está su decisión, por tanto, y para lo que hoy continuamos viviendo, de cada uno depende si se mantiene la titularidad o juegan por ustedes. ¡Cuídese! y a partir de allí le aporta a su equipo: familias, amigos, trabajo, sociedad. Ahora bien, guiar nuestra vida probablemente implica renacer, vivir en el reencuentro, en relación efectiva con el otro; es caminar en despliegue de humanidad. Expresa María Isabel Zapata Cataño, una de las autoras de este libro:

El concepto de los superhéroes mutó porque nos dimos cuenta de que están mucho más cerca de lo que imaginamos, no llevan capa, muchos llevan una escoba, un uniforme, un delantal, conducen un auto, siembran los alimentos que llegan a nuestra mesa, y aquellos que en turnos muy extensos buscan salvar la vida de muchos.

Ojalá que se alcance a acariciar el alba y ver caer el ocaso para tomar una taza de café, como lo relata Carlos Andrés Córdoba Quintero en esta publicación:

Coloco las dos tazas de café sobre una mesa pequeña que es el punto central de las dos mecedoras donde siempre nos sentamos a tomar café y ver el atardecer. Mientras me siento, ella sigue mirando el árbol. Sus ojos se mueven como péndulos.

—Oíste —le digo: —¿Qué es lo que estás mirando?

—Hay un pajarito revoloteando en el naranjo. Me responde con la voz tenue y contundente que la caracteriza.

—Estarás vigilando que no se te robe las naranjas, me imagino.

—No. Si a él le gustan las naranjas tanto como a mí, entonces me cae bien.

Lo anterior es en definitiva lo que cada quien haga por su bien y por el de quien le rodea, como suspirar en el ocaso y queriendo el día al ver salir el alba...como aprehender a existir construyendo vida desde las simples cosas...y qué bueno si es al tomarnos una taza de café, para que seamos amigos, para que seamos más.

No es lo mismo lo que experimentamos hoy a lo de la segunda semana de marzo del año 2020, cuando en Colombia se iniciaba el confinamiento por la pandemia. Que la luz no se apague y comprender que la responsabilidad está en cada uno de nosotros, en la medida en que “busco mi autocuidado para dar valor al otro que camina a mi lado”, ha sido una oportunidad para aprender, para ser plenamente humanos, para sentirnos plenamente vivos.

En calidad de Rector General, remitía a los profesores de la Universidad Católica Luis Amigó una reflexión de la hermana Lucía¹:

Las crisis son momentos para crecer, no para aniquilarnos. Andábamos demasiado distanciados unos de otros, sin mirarnos frente a frente a los ojos, con relaciones virtuales.

¹ Hermana Lucía, una religiosa de Clausura, Carmelita Descalza de la Orden de Santa Teresa de Jesús, del convento de Antequera. “La primavera” 2020.

Ahora que se nos prohíben los besos y los abrazos, compartimos el deseo de volver a encontrarnos. Pero la primavera llegará y volveremos a besarnos y abrazarnos. Las calles volverán a llenarse del rumor de la gente. Este virus, tal vez, saque lo mejor que cada uno llevamos dentro, tal vez miremos a la muerte sin miedo y con esperanza, tal vez miremos al cielo y comprendamos...hasta entonces, desde tu ventana o desde lo más hondo de tu corazón, mira a lo alto y confía.

También en los escritos de este libro se encuentra alusión a la fortaleza, grandeza, superación, temor, ira, tristeza y un sinfín de pensamientos, emociones y acciones originadas con una situación novedosa e incierta, aunque no única para la humanidad; estas experiencias plasmadas en unas líneas y perpetuadas por los diversos autores facilitan mantener vivos y en provocación dichos registros. La memoria colectiva es fundamental y lo que expresan los autores de *Historias contagiosas en épocas de pandemia* se convierte, en ese sentido, en un aporte de la Universidad Católica Luis Amigó.

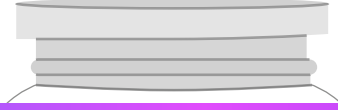
Por último, el llamado es a comprender en todo momento que la incertidumbre debe ser un guiño para “estar cuerdos, en la cuerda floja”. Recordemos que nos esperan en el mundo para vivirlo, porque hoy tenemos más tiempo que nunca para disfrutarlo con los demás —el que está a su lado—; "tal vez cuando volvamos a caminar, caminemos más despacio, más cercanos, más humildes, más humanos", de veras que la pandemia fue y sigue siendo una oportunidad. ¡Solo es de aprovechar!

*Muchas de las ideas y pensamientos
no son nuestros: los recibimos,
los reflexionamos y los compartimos.*

Carlos Enrique Cardona Quiceno
Rector general, Universidad Católica Luis Amigó

CUENTO Y REFLEXIONES





Memorias

Rubén Darío Ramírez Arroyave

Salió al balcón entre la nostalgia y el furor de querer verlo todo desde esa distancia melódica en que los sueños le arrancaban, en ocasiones a tajos, la esperanza por retornar a la dicha.

Tenía 82 años y todo lo había olvidado.

Ya había perdido el cálculo de cuantos días llevaba sumida en las sombras. Su memoria era como una tabula rasa donde reposaban los vacíos inconmensurables de antiguas desdichas.

Todos la miraban con indescifrable ternura.

Eran casi las ocho de la noche. Con ese pijama azul celeste y con esas pantuflas que la llevaban desde hacía tres meses por la sala de su casa —y que ahora hacían menos ruido que de costumbre— cruzaba solitaria por los pasillos que, en ocasiones, se le hacían mucho más largos.

Se suspendía a echar un vistazo a ese cuadro del hombre de barba, ojos azules y pose de santo con un enorme corazón rojo en su pecho del que brotaban llamitas anaranjadas que le cautivaban: se le antojaba que era un antiguo loco de esa familia de la cual ya no tenía memoria. Perdía su paz al ver que no dejaba de mirarla y, así, con ese aireado orgullo de dama social en un deje desmemoriado, casi siempre le decía con tono impaciente:

—¡qué me miras!; —¿te recuerdo a alguien? —estás loco.

Desde el inicio de la cuarentena acostumbraba mirarlos a todos, a todas horas y preguntar —¿tú quién eres? —y tú, ¿quién eres?

—Soy tu nieta —le decía la joven elegida, con esa nostalgia arrasadora que germinaba entre lágrimas y sollozos noctámbulos.

Desde que tenía alzhéimer ya no le importaban tanto las cosas como antes.

De a poco, se había esfumado en esos retablos viejos de su alcoba que tanto conservaba de antaño, de sus viajes y de sus rutinarias charlas amainando el tiempo.

Nunca prevaleció en ella su soledad como en este tiempo en que vagaba de un lugar a otro en esa casa enorme que no le traía a la mente ningún eco del pasado.

Lo único que conservaba con impecable decoro era ese violín mágico que le concediera alguien; un instrumento que ella no recordaba, pero que llegó a tocar con tanta maestría que a todos dejaba atónitos.

Esta noche cruza la sala. Prorrumpe en el balcón y entre recuerdos toca ese violín.

Todos la observan confundidos y apesadumbrados porque no hay música como antes lo hubiera prodigado, solo un ruido inclemente que los deja mullidos, pasmados por el asombro de ver que su mal de años ahora la hacía querer retornar el tiempo pasado.

Tratan de contenerla, —duérmete ya mamá, es muy tarde.

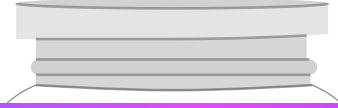
—No, voy a tocar ahora, —es arte, es música que me hace olvidar lo que vivo. Lanza otro toque: un chillido insonoro que a todos deja atiborrados de silencio.

De repente el reloj marca las ocho. En toda la comarca de edificios se escuchan los aplausos y los gritos eufóricos de personas que llenan los balcones y que dan ¡vivas! por aquellos héroes de bata blanca.

La mujer no lo puede creer: por fin alguien aplaude su música; ella se siente perdida en ese horizonte mágico de algazara que se adjudica por su talento y por su virtuosa melodía.

Da las gracias con una venia estupenda. Cruza la sala. Entra a su alcoba y se recuesta en su sillón en un reposo inmarcesible, esperando que sea la hora de ir a la cama y de quedar profunda entre sus sueños.

En la sala, las lágrimas se confunden con la vergüenza. La hija menor que observara todo encubierta de lágrimas expresa: —al fin he entendido el secreto de este encierro y lo que antes era imposible de concebir, ahora es un eterno retorno a la memoria.



Radiografía de los días en cuarentena¹

Sara Estefanía David Vallejo

Detrás de las paredes se esconden universos mágicos, tan diferentes como tú y como yo, que se ríen, se desesperan, gritan, aman, se acompañan. Se oyen las teclas del computador y el sonido de las pantallas que, a pesar de la lejanía, conectan, haciendo que el encuentro con el otro esté a un clic o a una llamada. Detrás de esas paredes, únicas, especiales y distintas, habita lo más íntimo de nosotros, aflora de modo intermitente la esperanza de que todo va a ser mejor, pero también el miedo que se deriva de perder el control y trasegar en la incertidumbre, de no saber qué va a pasar o cuál será el destino de lo que amamos, de nosotros mismos...como si en algún momento lo pudiéramos haber sabido.

Tras las paredes de nuestros hogares encontramos mezclas de olores, de sabores, de sonidos, de texturas; estamos todos en casa, la cocina se mueve todo el tiempo, los vecinos aparecen con sus formas particulares de enfrentar el encierro y la incertidumbre: música con alto volumen; se renuevan los planes familiares, desencuentros, oficios caseros, intentos de concentración para teletrabajar o estudiar. Esas paredes saben de los sueños y anhelos de quienes se aferran a los recuerdos, en un intento

¹ Producido en el marco de actividades de lectura de contexto, del semillero de investigación Sapere Aude.

de conservar las rutinas que les daban seguridad y confort. A todos nos quitaron, abruptamente, aquello que parecía definirnros en la cotidianidad, los lugares de los que nos apropiamos, la gente con la que solíamos ser, los juegos que nos gustaban; de repente, nos obligaron a vernos con nosotros mismos, la versión más íntima, vulnerable, ominosa, pero también la más capaz y resistente.

Quedarnos en nuestras casas, permanecer en nuestros hogares, que se suponen refugios seguros, no siempre resulta fácil. Para muchas personas ese espacio es el menos confiable, el que más vulnera y acongoja; quedarse en casa significa, entonces, participar de un campo de batalla, un nicho para el desencuentro, el riesgo y el miedo. Están también aquellos que, aunque quisieran permanecer en su refugio, no pueden porque eso significaría poner en riesgo la supervivencia de toda una familia, y es ahí donde un virus es un riesgo más, que parece insignificante ante el hambre, el desempleo y las deudas.

Ahora nuestra casa abre sus fronteras. El trabajo, el estudio y el afán están en los paisajes caseros que antes solo nos invitaban al ocio y el descanso, nos trajimos la rutina del gimnasio, el equipo de compañeros para hacer las tareas, los profesores, las aulas de clases, las noches de baile y las tardes de café. La casa se transformó en un espacio en donde entran todos, todo el tiempo, como un mini universo que en su diversidad resulta ambivalente, chocante, contradictorio. La pandemia y el confinamiento también nos han permitido volver la mirada a la memoria, para recordar lo que fue y su significado; un regreso a las viejas fotos para rememorar cómo era la vida antes de esto, devolviéndose, como en una máquina del tiempo, hacia esos pequeños instantes en que se tocó la arena, el mar, o que se pudo ver el cielo desde el suave verde del pasto.

A través de las ventanas se cuelan realidades y cotidianidades, se abren y cierran ante la luz o la oscuridad, el frío o el calor. Esas ventanas parecen oportunidades, pero también derrotas, nos permiten ver el exterior, el verde de las montañas, el azul del cielo, el café del río, el naranja y el blanco de las casas, justo eso que parece ahora distante. A través de esas ventanas encontramos al otro, tan desprotegido como nosotros mismos, tan diferente a su vez; ese otro con cara de alegría, de tristeza, de enojo, con potencialidades y además con necesidades; ese otro al que reconozco,

pero también al que no, al que día a día ignoro en la calle, al que no siempre le doy un rostro y, en cambio, me autorizo a estigmatizarlo, a temerle, a excluirlo.

Volvimos a los balcones, los cuales se convirtieron en puentes, en el medio de comunicación más eficiente, sin wifi, sin datos, solo a unas palabras de distancia el otro escucha y comprende. Los balcones se resignificaron pues han sido la forma más cercana de estar en contacto con el exterior, el mecanicismo de la rutina les robaba su encanto, ese que hoy parece develarse cada día en los edificios residenciales.

Las puertas se sumieron en un cerrar profundo; un cerrar antecedido por el paso de amigos, de familiares, de vecinos, pero que ahora se convirtió en lo que separa y lo que aleja. Ahora se abren solo para lo necesario, cuando somos elegidos como “tributo” ante el riesgo, que no es más que una huida bajo la excusa de abastecernos. Las puertas hoy son centrales de control y desinfección. No hay flores ni porcelanas, solo una base de alcohol y lejía establecida con la ilusión de un jaque mate a ese visitante microscópico que no se quiere como huésped.

A nuestras cuatro paredes llegan voces, a menudo escandalosas, expertas, realmente desconocidas. Los televisores, radios, redes sociales nos impregnan de la ilusión de estar con otros, de saberlo todo, de controlarlo todo. Entretienen e informan, pero también desinforman, abruma y angustian. Noticias científicas llenas de avances, estudios y posibles vacunas vs cadenas llenas de remedios o curas caseras, cifras de contagiados y muertos, que como montaña rusa suben y bajan; mensajes de promoción y prevención que se tiñen de miedo; conciertos y visitas a lugares turísticos por medio de la virtualidad; series y películas que parecen traer el mundo a tu casa.

Las calles que conectan los barrios, antes abrumadas por el humo, la polución y la gente que se cree más importante que otra, hoy están casi vacías, y paradójicamente dan paso solo a los realmente importantes: el personal de salud, domiciliarios, conductores de servicio público, transporte de alimentos, recolectores de basura, ambulancias, bomberos,

policia. Los demás, dependen de un número para salir, un breve momento para observar, escuchar y relacionarse con el otro, pero siempre conservando la distancia.

El vestuario, el más bonito, el del trabajo, el de la rumba, se quedó en el armario. Las protagonistas son las pijamas y “la ropa de casa”, sinónimo de comodidad y confianza que solo emerge en nuestras cuatro paredes. Y los guantes y los tapabocas hicieron que las miradas hablaran más que de costumbre, imponiéndose ante lo que oculta este escudo protector.

Parece que estamos en pausa, pero no, el mundo sigue, la vida sigue. Esta extrañeza que hoy enfrentamos pronto será nuestra nueva rutina, de la cual, con suerte, podremos salir lo menos lesionados posible. Sí, algo minúsculo y microscópico nos muestra verdaderamente lo que significa ser humanos, nos pone de cara a la vida y la muerte, nos muestra que no tenemos el control, que los símbolos del éxito y la felicidad son solo ilusiones. Nos recalca de mil maneras lo egoístas que podemos ser, lo insignificante que puede ser el dinero y la riqueza, y que, aun con todo esto, es el mejor momento para aprender desaprendiendo y hacernos conscientes de que nadie puede sobrevivir solo, que en la empatía, la comprensión y la solidaridad florece nuestra fortaleza.

No es solo una pandemia, sino la posibilidad de mostrar aquello que nos hace más humanos, en sus matices más claros, pero también en los más oscuros. Esta situación posibilita un retorno a nosotros mismos, en relación con lo que éramos, somos y queremos ser. Es un alto en el camino para reflexionar y repensar lo que lleva consigo la condición de humanidad, sus fortalezas y potencialidades, que se expresan en acciones de bienestar común, sacrificio y amor por nosotros mismos y el prójimo; por tanto, nunca antes cuidar de nosotros mismos significó cuidar tanto del otro. Sin embargo, ante el riesgo también aflora la versión más oscura, aquella que discrimina, violenta, roba, acapara sin desmedida y se refugia en su propia burbuja para no ver la otredad que demanda un cambio en nuestra sociedad.

Está en nuestras manos evitar el huésped microscópico que nos afecta y aquello que surge desde el odio, el miedo, el rencor y la desesperanza, asuntos que no solo enferman, sino que nos dividen y fragmentan

como sociedad. Está en nuestras manos la vida de ese otro ser humano a quien acogemos desde la palabra, desde el gesto, desde el lenguaje de las miradas que comunican alegría, tristeza, enojo o angustia. Miradas que son ventanas del alma y que permiten adentrarse a lo más oscuro, pero también a la luz que se encuentra en cada individuo.

La radiografía de los días de cuarentena es contraste, luces y oscuridades. La carga ambivalente que siempre supone la existencia y la elección humana. Las preguntas de incertidumbre son interrogantes de las ilusiones de control; las posibles respuestas son infinitas, se intersectan con dimensiones globales, con sentimientos compartidos y construcciones de vida que cada uno ha elaborado.

Una pandemia no suspende la vida, la ubica en el centro y nos obliga a ver adentro, muy adentro, como si tuviéramos una máquina de rayos X, para reconocer que la linealidad de la vida se fractura, se dispersa, es compleja e irreductible a las instituciones y sus formas de control de la vida misma. Son rayos X que vislumbran territorios más allá de lo biológico o lo físico y que, en cambio, se sostienen en formas socioculturales de atravesar la existencia, algunas insostenibles desde hace décadas. Estas radiografías son únicas, locales, no son un formato común porque cada una ha enfermado y busca curarse de forma distinta.

Cada espacio, cada comunidad, se relaciona con sus límites y posibilidades en plena pandemia, los lugares, ahora deshabitados, son solo estructuras vacías, pero corresponde a la gente y su sentir mantenerlos vivos en la memoria, con sus anécdotas y experiencias...los colegios, las universidades, las empresas, los restaurantes, los hoteles, las discotecas, los cementerios, adquieren su significado por lo que nos han permitido ser, por tanto, podrán existir mientras ahí se anuden recuerdos.

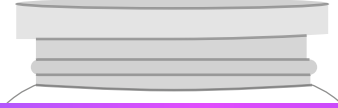
Por eso, esas radiografías exigen verlas, demandan apertura a la Otredad e invitan a dejar de lado las rígidas lógicas de violencia que se han perpetuado en cada esfera vital. Piden educación que responda a la incertidumbre de la vida, a las necesidades de empatía y solidaridad, asuntos que hoy se precarizan en nombre del control, la producción material, el egocentrismo y la corrupción. La gran transformación significará que podamos vernos como parte de un andamiaje universal, donde nos

conectamos con cada parte del universo, en una relación dialéctica que, en nombre de la razón y el progreso, ha alterado el equilibrio vital y nos obliga a asumir las consecuencias.

Es así como la vida que pasa ante nuestros ojos, sigilosa, perfecta, microscópica, nos demuestra que puede seguir sin la especie humana, y recalcar nos que somos un punto en el proceso evolutivo que se ha enneguecido con sus propios mitos de libertad, control y certeza.

Estas radiografías de cuarentena, que hoy describimos, seguirán cambiando porque la humanidad se modifica, va transitando hacia otras formas de estar en el mundo, mejores o peores, no es posible saberlo. Se intuye, porque la historia así lo enseña, que ambas posibilidades están disponibles, los encuentros y desencuentros, los diálogos y silencios, las alegrías y tristezas, las justicias e injusticias, el control y la desobediencia, un inevitable contraste que equilibra la vida y a nosotros mismos.

*El alma de estos espacios,
pasó a una supervivencia del día a día,
previniéndose frente al contagio
no solo del virus
sino también de la apatía.
Cada persona encerrada en su realidad,
tiene la libertad de pensar, actuar y sentir,
volviendo sobre sí mismo y su capacidad de elegir.
Se escucha el sollozo de la incertidumbre sin fin,
y es así como la memoria se apodera de lo que fue
en el mar, la arena y el jardín.
Por tanto, el coronavirus llegó a nuestro existir,
para recordarnos lo que somos
y el contraste de lo que significa vivir.*



Una vida plena

Jorge Iván Gaviria Mesa

*“Cada uno somos
un desierto”.*

Francois Mauriac

—Esta es la ocasión que esperaba—exclamó el académico, con un raro alborozo en alguien habituado a pasar sus años sin un entusiasmo distinto al que emanaba de sus lecturas y elucubraciones solipsistas. La infección colectiva, que se extendía con señales de muerte hasta los confines del planeta, condujo a un encierro obligatorio a la población, sin distinciones de edad ni condición social, en aras de preservar la vida. A partir de ahora, su tiempo y espacio serían solo para él, libre de la fatigante presencia de los seres que poblaban su mundo cotidiano: alumnos, jefes, colegas. Sin familia ni amigos, este buscador de sabiduría en los libros, no podía evitar el contacto físico en su entorno. Pero la feliz oportunidad que la pandemia le entregaba de verse por fin a salvo del mundo exterior, le dibujó una sonrisa en el rostro, un rictus incompasivo de triunfo.

La orden gubernamental decretó total enclaustramiento, con la excepción de unas horas a la semana para adquirir provisiones. —Poco o nada necesito del mundo y menos del comercio—sentenció, —Ahora podré liberarme del fardo humano y pasar mis días conmigo y mis tesoros—. Lecturas aplazadas, textos por escribir, pensamientos por desarrollar y, sobre todo, el silencio, el máspreciado de los bienes de la tierra para él. Las voces, las palabras, el tono infatuado de sus compañeros al pontificar sobre la verdad, las órdenes de sus superiores, los disparates de sus discípulos, la verbosidad de la gente en la calle, toda esa barahúnda tendría desde ahora y por un tiempo no definido, el sello del mutismo. Ya no se vería obligado a huir del demencial fragor de los carros, de los alaridos que anuncian baratijas, de las carcajadas sin sentido, de los saludos que siempre abominó responder. Como en una urna, a prueba de contacto, decidió pasar los meses del encierro que por gracia del virus y del pavor a la extinción, dispusieron desde lo alto.

Su primera tarea, hurgar en el revoltijo de libros a la caza de aquellos que en virtud de una especie de sueño pospuesto dejaba en turno, al acecho de las horas propicias para recorrer letra por letra las historias vertidas en negro sobre blanco. En un perímetro casi de celda monástica almacenaba miles de volúmenes de diversa naturaleza temática, desde las más prosaicas historias de objetos voladores sin identificación escritas por Sixto Paz, hasta las últimas teorías del universo de Hawking y John Barrow. En literatura, lo esperaban Borges y su mundo de espejos y sueños; Dostoievski con sus descripciones de culpables, perseguidos y condenados; Henry Miller y su “impúdica” disección de la sexualidad vertida en los Trópicos; Baudelaire y su mano estirada en obsequio de *Les fleurs du mal* y del spleen parisino; el portentoso Shakespeare con el hondo soliloquio hamletiano, al lado de Cervantes y su caballero de triste figura. También El Lobo estepario del esotérico Hesse y el inefable Joyce con el *Ulises*, tan profundo e incomprensible. Fue tras el Dante y sus círculos de condena eterna en la que aullaban los mejores que en la tierra han sido, pero se embelesó con los relatos de Bocaccio en el *Decameron*, a propósito de otra feliz edad de peste. Del hontanar filosófico bebía en la metafísica hegeliana y en el no menos abstruso discurso de Heidegger, después de los cuales buscaba aire en las lucubraciones de Spinoza sobre el panteísmo como camino de salvación, mientras la ironía de Voltaire

le daba el aliento para burlarse de lo más sagrado. En Ciorán buscó la fórmula del desapego a la vida, que el rumano nunca practicó. No fue ajeno a Wittgenstein, el filósofo del lenguaje que propuso la economía de las palabras para expresar el mundo, ni al siempre vigente Montaigne, quien en sus ensayos supo decirnos el significado de las pequeñas cosas, tan importantes como las trascendentales. Tuvo a Platón en las mañanas y al estagirita en la penumbra; de la navaja de Ockham aprendió a cortar de todo discurso la perorata insulsa, y de Abelardo estudió la demoledora regla de la lógica. Con asombro leyó al empirista Hume, por quien supo de la incertidumbre de lo cotidiano, a la vez que de Descartes entendió la falibilidad del sentido común; penetró el hueso duro de la teoría marxista del Capital para concluir que la cosificación de los seres humanos se expresaba en su valor como mercancía. En suma, cada libro finalizado era un nuevo triunfo de su libertad: —La verdad reside en estas hojas empastadas—concluía, —lo demás es estulticia.

II

En la ejecución de su vieja empresa de construir mundos ficticios e hilvanar reflexiones sobre una sociedad en la que no encontraba sosiego, determinó escribir. Intentó cuentos basados siempre en argumentos grotescos con finales trágicos o en las diatribas, tan eficaces contra el poder. Buscó inspiración en los maestros del horror: Poe, Lovecraft, algo de Maupassant, también de Shelley y Stoker. O en aquellos que expresaron la dolorosa realidad de su tiempo como Dickens, Zola, Balzac, Víctor Hugo o Ibsen. Pensó en la sorna que le enseñaron Rabelais, Swift, Sterne y Twain o en la profética imaginación de Verne, Wells, Huxley o Asimov. No desdeñó la literatura de elevada cultura de Wilde, ni al recursivo Chesterton y menos las interminables novelas de Tolstoy. No obstante, de tan extensa y sublime inspiración, no quedaron más que borradores condenados a la hoguera. Desdeñó sus escritos. En tanto más husmeaba en las líneas de los grandes, menos apto se veía para dejar plasmados sus relatos. En definitiva, lo suyo era la ficción, pero solo como un sumiso lector.

Pero, y la ¿filosofía? Contaba con la erudición requerida para probar en el terreno especulativo. De tantas páginas leídas durante tantos años algo tendría para decir, que sin ser original, resultara valioso. Evocó los grandes sistemas, desde el griego que constituyó en occidente el derrotero del humanismo, pasando por el escolasticismo sacro del medioevo, hasta el posmoderno con Derrida y Lyotar, profetas de la fragmentación de toda verdad establecida. Empero, ni los llamados “grandes relatos” ni los átomos dispersos de los nuevos portadores de la razón, lo condujeron a la inspiración suficiente para modelar las ideas que creyó dominar. Cada inicio en las mañanas culminaba con un renovado fracaso al final del día. Los pensamientos no tenían una adecuada forma, las palabras no brotaban; sin talento literario, ni vena filosófica, se hundió en la melancolía de los derrotados que comprenden la imposibilidad de un comienzo tardío: —*La sensatez que no me impide ver mi pobreza intelectual, no me consuela; es como un hacha que quiebra el ego*—se dijo.

Trató de componer un elemental tratado de astronomía, de fácil comprensión, sin otro propósito que el de probar sus destrezas para explicar lo que, en el lenguaje de los especialistas, es un arcano. Creyó sencilla la tarea, no sería más que consultar dos o tres autores: David Wilkison, Lawrence Jones y Bruce Patridge. O partir de Sagan y Alex Riveiro, divulgadores célebres de las teorías acerca del universo. Una y otra vez trazó las líneas gruesas del ensayo. Quiso exponer las tres leyes de Kepler sobre las órbitas de los planetas alrededor del sol. Pretendió traducir en palabras coloquiales a Laplace y su sistema del mundo y mostrar lo fácil que podría resultar Herschel en la pluma de un aficionado riguroso. Incluso tuvo la osadía de subrayar yerros en los Principia de Newton sobre la ley de gravitación, a efecto de corregirlos en su escrito. El fracaso fue rotundo. No lograba plasmar con claridad ninguna idea, de hecho, se percató de lo poco que entendía del asunto, pese al arsenal bibliográfico que lo acompañaba: —*De tantas lecturas sobre el universo no me queda más que un insondable asombro*—se lamentó.

III

Fiel al *díctum* nietzscheano de que la música es una bruja que pervierte y absorbe, en ella se refugió. Pero no como creador, cuya exigencia entraña un virtuosismo que le era por completo ajeno, sino como un diletante que cae en el hechizo de las notas interpretadas en el piano, en el violín o en cualquier instrumento idóneo para arrobar el alma. Dejó todo afán diario, por entregarse al romanticismo de Chopin expuesto en sus preludios; cerró sus ojos para hundirse en los acordes perfectos del réquiem de Mozart. No pudo pensar en nada mientras discurrían las fugas de Bach o las estaciones de Vivaldi. Experimentó sobresaltos al compás de El pájaro de fuego de Stravinski y cayó en un letargo metafísico al ritmo de las sinfonías de Schubert. Afuera, el mundo decaído y confuso; adentro él, entregado al intransferible placer de la expresión más sublime del espíritu.

Los días perdieron toda medida y significación mientras la música inundaba su ser; tendido decúbite, el tiempo dejó de existir. No parecía vivo, estaba poseído por una inexplicable fuerza que lo tenía en estado de quietud total, a la manera de un cataléptico. No se incorporó por semanas, permaneció inmóvil incluso en el silencio absoluto del recinto, ya sin sonido musical. La inercia de su condición física le permitía respirar, pero sin ningún estímulo vital. A su cerebro llegaban y se iban imágenes de toda clase, sin orden, en una amalgama de visiones que, sin ser pesadillas, afectaban su subconsciente. No era él y lo era a la vez, quería despertar y era incapaz, no contaba con el vigor para romper el adormecimiento mortal del que era presa. De pronto, su cabeza dio vueltas, en un torbellino que lo hizo volver a la realidad, pero sin cabal discernimiento de lo que le ocurría.

Sentado en la cama, aún perdido por la experiencia singular que había experimentado en un ejercicio de inofensiva relajación, permaneció por horas. La lucidez fue llegando con lentitud, los pensamientos adquirieron forma de manera paulatina, cual si regresara de una larga jornada en un lugar ignoto. Tuvo una sensación de temor, que tomó visos de pánico al recordar la cercanía de la muerte. También sintió aflicción, angustia, dolor

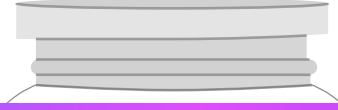
moral por verse a sí mismo, desprotegido, ignorado, sin otro proyecto de vida que el que le deparaba su prisión: —*La soledad es una conquista con sabor a derrota*—pensó.

IV

Ya en su claridad mental, sin confianza alguna en el talento del que siempre se creyó dueño, retornaron sus connaturales abominaciones. Dibujó en la memoria un amplio catálogo de personas, lugares y situaciones que lo mantenían cautivo de extremos aborrecimientos. Sus padres, hermanos y familia, todos vistos como propiciadores de su ruina espiritual. La casa que habitó, sombría, helada, a la manera de un catafalco. La escuela, esa estancia antigua con profesores más antiguos, orgullosos de emplear métodos de enseñanza torturante, con rezos y madera. Una niñez escasa de afecto, pero plagada de temores. La adolescencia en permanente soledad, con inseguridades que aún lo atormentaban. Amores deshechos, amistades falaces, orfandad prematura. En la edad adulta, sueños frustrados, errores insalvables, escepticismo autodestructivo. Su obsesión: el tiempo. Ese hilo de minutos y horas que creemos objetivo, pero que no es más que la ilusión que nos obliga a creer en el futuro.

El balance de una vida ordinaria, hecho con honradez, suele decepcionar. Sus cuentas resultaron menesterosas. Menos acciones que proyectos; centenares de libros leídos y casi ninguna valoración del mundo; títulos colgados como cuadros sin color en una pared y una indescriptible sensación de fracaso. El destino es cada día, dicen muchos, en una obcecada negación de la fatalidad; o es, en el más teológico de los sentidos, una marcha con caracteres escritos desde el comienzo, para los que niegan la definitiva muerte y se aferran a la ilusión del devenir eterno: —*¿Y por qué no, una pesada broma de la naturaleza o de Dios que desde lo alto se resiste a aceptar que su hechura tenga las más genuinas particularidades de los monstruos?*—se atrevió a preguntar. Con la pesada carga de los días poco o nada pueden el ímpetu, el desdén, la ironía o la cólera. Somos lo que vamos dejando en el camino, es decir, pasado.

Vencido en su “gesta” solitaria y anónima contra el género humano, no tuvo otra alternativa que insertarse de nuevo en la rutina de sus días. Se dio a la tarea, con un brío irrefrenable, de escribir correos, llamar, volver a la superficie, recobrar los lazos sueltos de la memoria y respirar el aire común de una sociedad que despreciaba, pero de la que no podía prescindir. Dada la imposibilidad de saltar a la calle, redactó decenas de mensajes a múltiples destinatarios. Marcó durante horas los números que lo conectarían con sus más allegados; bajó las escaleras del edificio para saber si lo habían buscado; gritó desde la ventana; pidió auxilio como quien se despeña en un abismo sin retorno. Nadie le respondió. Sin percatarse, el mundo estaba deshabitado; sin saberlo, su más ferviente anhelo se hizo realidad: se quedó solo en un planeta enfermo: —*Ahora soy lo que soñé ser: nada, pero en plenitud de conciencia y libertad*—pensó.



Renacer

María Isabel Zapata Cataño

Nos despertamos un día y los medios mostraban imágenes de médicos luchando por salvar vidas, personas viviendo con mascarilla y sociedades enteras encerradas en sus casas; las puertas de los teatros, estadios e iglesias cerrándose, el mundo estaba conmovido por un microorganismo desconocido. Estábamos aterrorizados por la cantidad de muertos y contagiados, países que parecían indestructibles estaban bajo el dominio de un virus. El dinero y el armamento no eran suficientes frente a este gran enemigo. Las estrategias militares eran insuficientes ante la realidad de la humanidad.

La política no vio venir este suceso, los dirigentes tenían que tomar medidas sobre la marcha, no hubo sistema económico ni de salud resistente y dispuesto a acabar con este nuevo virus, estábamos a la espera de cómo enfrentar y mitigar la fuerza del desconocido COVID19; las ideologías políticas y sociales quedaron sin argumentos, porque más allá de todo eso, somos los mismos seres humanos; este nuevo virus llegó a poner todo en cuestión.

Ha cuestionado la economía, el comercio y la función que cumplen. Nos hace preguntarnos si es justa y provechosa para todos. Logramos ver lo débil que era un valor monetario sin la participación de los seres humanos; evidenciamos que las bolsas del mundo tambalean ante la inactividad del hombre en su labor y que los millonarios sin el trabajo de sus empleados son muy vulnerables.

Ha cuestionado la imagen que teníamos del trabajo, pensábamos que era una manera de castigo y ahora nos damos cuenta lo beneficioso que llega a ser un trabajo digno, y no solo porque nos genera dinero sino porque nos permite ser, aportar, servir a los demás y construir sociedad desde lo que cada uno sabe.

Fue así como la duda nos ayudó a encontrarnos con nuestra realidad interior y por fin nos hicimos las preguntas importantes: ¿qué tenemos dentro?, ¿qué pensamos y sentimos?, ¿que nos mueve interiormente?, ¿qué es lo realmente importante? Las respuestas las pasamos de largo durante mucho tiempo de nuestra existencia. Volvimos a mirar a los ojos, volvimos a nosotros mismos, nuevamente como el hombre de la caverna reconocimos que en medio de la oscuridad había una luz que nos permitía ver quiénes éramos. Sin sombras, sino enfrentándonos a la realidad. Necesitábamos pasar tiempo con nosotros mismos, para no fingir tener una vida perfecta, para descansar de los falsos amigos y los falsos amores. Para ser personas reales.

El silencio reinó en el mundo, nadie tenía algo para decir, todos teníamos incertidumbre y temíamos vernos débiles; fue ahí, en medio de ese mutismo, que el ser humano volvió a lo esencial, al principio, fijó su mirada en el otro, en quienes se habían vuelto parte de la cotidianidad de nuestros pueblos, personas que eran invisibles. Descubrimos a quienes lloraban y sufrían a diario, pero por el ruido y el afán no habíamos escuchado antes su lamento, descubrimos nuestras verdaderas necesidades que iban mucho más allá del tener, querer y poder. Estábamos sumergidos en una carrera sin sentido contra el tiempo; tiempo que no nos pertenece y que por eso mismo no podemos controlar. Tiempo que decidimos medir en horas sin saber que era la vida lo que estábamos desgastando en esa carrera que al final siempre perdíamos.

Pensábamos que la vida era pesada, que era demasiada carga para llevarla, pero fue en ese momento que descubrimos su verdadero sentido y lo valiosa que llega a ser sobre todas las cosas. Estábamos gastándola sin vivirla realmente, sin aprovecharla.

Rodeados por un temor colectivo y sintiendo solo la respiración de cada uno, tomaron lugar la música y otras artes para salvarnos y alegrar nuestros días; sus ejecutores se convirtieron en nuestra mejor compañía y nos alegraron con canciones ya conocidas y otras que nacieron de este gran suceso. Muchos bailan, cantan, componen, escriben, actúan para disipar su mente o ayudar a otros a hacerlo.

El mundo se redujo a nuestro hogar; es eso que nos permanece a pesar de las circunstancias, porque cuando todo se desmorona queda la familia, aquella que elegimos construir o la que la vida nos entregó; las mesas volvieron a reunir las personas que amamos, recordamos de nuevo a quienes nos han regalado la sabiduría. Todo volvió a estar en torno a los seres que amamos; los abuelos volvieron a ser los protagonistas de nuestras vidas, nuestros cuidados se desbordaron a ellos, ya que resultaron ser débiles ante este suceso, nuevamente escuchamos sus historias que nos hacen creer que todo es posible.

Las conversaciones se volvieron reales. Las redes sociales nos ayudaron a conectarnos con quienes están lejos, la distancia dejó de ser una excusa para no tener encuentros. Entendimos que cuando convivimos en sociedad no hay obstáculo que no podamos superar.

Descubrimos lo frágiles que llegamos a ser; ante nuestros ojos se derrumbó la falsa omnipotencia del ser humano, la invencibilidad que creíamos tener. Nos tocó reconocer que somos vulnerables ante lo que no controlamos, que necesitamos al otro para vivir en sociedad; descubrimos que estábamos al límite de nosotros mismos; que teníamos al planeta al término.

Un virus nos devolvió la humanidad, la empatía, la solidaridad, el amor y la búsqueda del bien común. Rompió muros y fronteras que como seres humanos habíamos creado. Dejamos de ser países para convertirnos en la humanidad. Asimilamos que de nada sirve el dinero si los demás mueren en una guerra que nadie sabe afrontar.

Lloramos por la cantidad de decesos en Italia; nos conmovía como los abuelos se despedían de su familia para morir. Sentados ante la muerte lenta del mundo entendimos que somos uno solo, que las fronteras existen en nuestra mente y en el territorio, pero que el hecho de ser seres humanos es más grande que cualquier división política, social, étnica, racial y religiosa. Esos muertos éramos todos, pero a pesar de tanto dolor surgían canciones y campañas que nos daban esperanza. Cumpleaños celebrados por vecinos, ayudas inesperadas y abuelos llenos de detalles.

La soberbia fue destruida, una de las potencias mundiales se llenó de muertos, de nada le sirvieron los dólares para salvar a sus ciudadanos, por un momento no quisimos vivir el sueño americano. Nos sentimos felices en nuestros hogares, en nuestro país, en esa tierra tan llena de paisajes maravillosos y personas de corazón grande y en donde está lo que nos define.

El concepto de los superhéroes mutó porque nos dimos cuenta de que están mucho más cerca de lo que imaginamos, no llevan capa, muchos llevan una escoba, un uniforme, un delantal, conducen un auto, siembran los alimentos que llegan a nuestra mesa, y cumplen turnos muy extensos buscando salvar la vida de muchos.

Los héroes han sido nuestras familias y amigos que nos han salvado de la soledad, la tristeza, la ansiedad y la angustia de sentirnos encerrados. Los superhéroes que conocimos llevan una sonrisa para darnos la fuerza que necesitamos; también esos superhéroes son los escritores, que nos han regalado historias nuevas para alivianar un poco la realidad.

En las escuelas todo cambió, pero aún se oye la voz de los superhéroes que buscan educar a sus niños y jóvenes para que no se rindan. Sueñan con volver a verlos y que cada uno ocupe su espacio. Los salones de clase empezaron a ser las aplicaciones virtuales, los profesores se modernizaron

ante tal situación y los que ya llevan años como formadores, asumen el reto de entender la tecnología, solo por llegar a sus estudiantes; están plenamente convencidos de que sus alumnos los necesitan porque las jóvenes generaciones indiscutiblemente plantearán el cambio.

Los padres han descubierto la gran labor de los maestros, sus luchas y aciertos; han entendido las falencias académicas de sus hijos y la manera en que los profesores hacen su trabajo; han sido testigos del alcance que la educación ha tenido en ellos y como gracias a esto los más pequeños han logrado adaptarse a una situación que probablemente no logran comprender aún, pero que están dispuestos a asumir.

Las religiones dejaron de ser una barrera e hicieron treguas. El judaísmo, islamismo, hinduismo, budismo y cristianismo. Unidos en meditaciones y oraciones para pedir ayuda divina para toda la humanidad. La religión nos había dividido, pero un virus nos unió nuevamente.

El mundo será diferente, indiscutiblemente somos diferentes. Ya no podemos encontrarnos en un bar, en un café, en un parque, ya no podemos abrazar a quienes más amamos, las reuniones familiares con los abuelos se aplazaron, los estadios están vacíos, los centros comerciales cerrados. Los conciertos se trasladaron a la virtualidad; las calles están libres y eso nos genera más molestia que cuando estaban congestionadas. Valoraremos nuevamente el encuentro con el otro, a los amigos y a la familia.

Era necesario el silencio para valorar el ruido; la distancia para valorar la presencia; la soledad para valorar a las personas que amábamos; llorar para valorar las risas; ver morir para valorar la vida; el encierro para valorar la libertad. Nos detuvimos y cuando observamos lo que habíamos construido, la realidad movió nuestras fibras y nos ayudó a hacer nuevos propósitos personales, familiares y sociales.

Todos los días, en algunos lugares, salimos a aplaudir a quienes siguen en sus labores mientras los demás nos quedamos en casa buscando protegernos. Es necesario agradecer a quienes trabajan incansablemente y nunca vemos.

Gracias a los médicos porque es por su profesión de salvar vidas que hoy el enemigo sabe que tiene unos grandes contrincantes ante esta lucha, porque muchas veces sacrifican el tiempo con su familia y su salud para seguir adelante con su vocación.

Gracias a quienes hacen la limpieza de nuestras calles y hospitales porque su apoyo favorece controlar el virus, es fundamental para el resto de la sociedad.

Gracias a los recolectores de basuras porque no importando el riesgo que corran siguen con su labor; ellos hacen un trabajo difícil.

Gracias a los campesinos olvidados, a quienes desde antes de que salga el sol, están trabajando en sus tierras para que las ciudades enteras se alimenten. Esos que son tan mal pagados y a quienes les debemos lo fundamental para sobrevivir.

Gracias a los maestros, que se han tenido que reinventar y aprender cosas desconocidas, pero que lo han hecho porque saben que la educación es la manera de cambiar el mundo y que muchos de sus alumnos serán los futuros profesionales.

Gracias a los mensajeros y domiciliarios, son quienes llevan a nuestros hogares lo que necesitamos en este confinamiento y que toman las medidas para protegernos a todos.

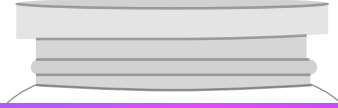
Gracias a los conductores de transporte público que, temiendo por sus familias, buscan seguir prestando un servicio a todos en medio de la pandemia.

Gracias a los psicólogos, seres que acompañan la ansiedad y la depresión de muchos, que todos los días buscan la estabilidad psicológica de quienes deben estar encerrados y luchar con sus propios miedos. Gracias porque en su labor buscan evitar a la humanidad un desanimo mayor.

Por último, debemos agradecer infinitamente a todas las personas que han pensado en los demás, que han buscado compartir lo que tienen y no se han guardado nada para sí.

Este no es el fin, es solo el inicio de una nueva oportunidad. La oportunidad de ser mejores seres humanos. La oportunidad de replantear lo que estamos haciendo como habitantes de un mundo que se nos entregó. Tenemos que ser la esperanza de quienes la han perdido y ser la fuerza de quienes luchan por su vida a causa de esta pandemia y la alegría de quienes han perdido a sus seres queridos. La humanidad ha sobrevivido a guerras, bombas nucleares y muchas enfermedades, así que esta no será la excepción, lo lograremos por nosotros, por quienes amamos, por los que están lejos, por quienes tenemos cerca, por quienes en esta batalla se marcharon y por los que buscan seguir viviendo. Un día esto hará parte de la historia y podremos decir que lo logramos porque rendirnos nunca fue una opción.

Reflexiones del día número 36 del confinamiento.



La casa-cobija y acobija¹

Brigit Pineda Arroyave

El temor empieza a recorrer mi piel desde el momento en que me planteo salir de casa, no voy por víveres, no voy a una cita médica ni tampoco a un banco; saldré a satisfacer el deseo de filiación que me invade, y justo esto es lo que hoy me hace una irresponsable.

Son las 6:30 p. m. y el preámbulo se hace dentro de casa, recojo mi cabello, corro por un tapabocas, elijo una ropa que pueda lavar y restregar sin piedad, unos tenis cómodos pero viejos y, ¡cómo no!, el desinfectante, este que últimamente se ha convertido en mi fiel amigo. Paso seguido agarro las llaves y la papelería del carro, mi corazón late más rápido de lo habitual, puedo sentir como mi sangre aumenta la velocidad exponencialmente, es como si me estuviera preparando para luchar o huir. Mi cerebro, sin duda, hace que todo mi cuerpo se prepare para el peligro próximo y todas estas sensaciones se exageran con cada paso que me acerca a la puerta, con mano temblorosa logro girar la manija, sobrepaso el marco y me felicito por haber superado la primera fase, la puerta se cierra tras de mí como si ella me estuviera obligando a enfrentar las calles. Por fortuna mía, aún no me encuentro con ese monstruo que nos atormenta tanto y

¹Texto producido en el marco de ejercicios escriturales y de lectura de contexto, Semillero de Psicología Sapere Aude.

que no vemos, ese virus que hoy nos hace recordar todos esos fantasmas de nuestra infancia, la diferencia es que ahora taparnos con la cobija no es suficiente.

Empiezo a caminar por el pasillo, tratando de consolarme con palabras, inútilmente, porque mi corazón no me escucha; al encontrarme con el ascensor me pregunto ¿con qué parte de mi cuerpo es más apropiado hundir el contaminado botón? Sin pensarlo, mi pierna ya está volando por los aires para que mi zapato choque abruptamente con el tablero, haciendo que el ascensor empiece a bajar. Llegó, pude sentir un poco de alivio al ver que estaba libre, de personas, el nicho justo para el virus. De nuevo con la pirueta de mi pierna logro oprimir el botón que corresponde al parqueadero, P4; bajo rápidamente y me encuentro con un panorama totalmente desconocido, allí donde normalmente veía parqueaderos desocupados, veo carros de todas las gamas y colores; allí donde siempre había un vecino dispuesto a saludar, no está ni su sombra, incluso parece que hubiera cambiado el viento que frecuenta este sitio, ahora no lo siento, no lo escucho.

Luego de unos segundos entiendo que debo seguir caminando, lo hago, un paso tras otro; el silencio hace que pueda oír cada parte de la suela de mis zapatos viejos golpeando contra el piso. Llego al auto, lo abro y me siento, procuro que todo esté en orden, enciendo la radio y de repente se apagaron todas las luces, es como si mi radio hubiera tenido el efecto de apagar todas las bombillas del edificio, no puedo negar que sentí miedo en aquel instante, pero luego agradecí no haber quedado atrapada en el ascensor. Con un suspiro empiezo la marcha, en un instante estoy afuera, donde también se ha dañado el alumbrado público, a la derecha no hay personas, a la izquierda una anciana que llevaba puesto su tapabocas y caminaba lentamente; nunca creí que podía llegar a sentir tanto temor de que alguien se acercara a mí, ella no lo hizo, continuó su camino hacia no sé dónde, pero a donde fuese, su rostro mostraba el temor que yo sentía; no vi más personas.

¿Quién hubiera imaginado? Estas calles por las cuales jugaban niños y trotaban jóvenes ahora se encontraban vacías, casi tanto como Bukowsky en medio de sus habituales resacas o como Galeano, luego de que su equipo saliera derrotado en un clásico uruguayo. Poco tiempo después

me encuentro con la portería, un hombre se acerca al auto, —buenas noches señorita, ¿cuenta con permiso para salir?—; ahora que lo escribo, probablemente esas no hayan sido sus palabras, la ansiedad a veces hace que me imagine cosas, sin embargo, en poco tiempo estaba del otro lado y no, no tengo permiso.

Ahora sí siento que me encontré con el monstruo, la luz no ha vuelto, así que solo puedo guiarme por lo que el auto logra alumbrar, árboles, árboles y más árboles, un perro a lo lejos pedía con gritos oculares un poco de alimento, no había nadie más que yo, y yo no tenía más alimento que mi cuerpo, y ese ya se lo estaba comiendo la angustia. Seguí de largo, algo que en otro momento sería impensable, la cuarentena, al parecer, me había vuelto más insensible, y es que cuando el ser humano siente que está en peligro, solo piensa en sí mismo, en salvarse, así todos los perros del rededor se estén muriendo de hambre.

En mi mente solo aparecían frases de incertidumbre, paranoia, el volante ya estaba cubierto por el sudor, y los vidrios estaban completamente arriba. Por fin llegué a la carretera principal, la autopista, no sé qué fue más sorprendente, si poder tomarla sin tener que frenar para que otros carros pasen o la soledad del paradero de buses. Continuaba mi marcha, no podía subir más de cuarenta kilómetros por hora, no es que no quisiera, la autopista estaba casi vacía, con excepción de uno o dos autos que pasaron de largo, es que no podía, mi pie estaba estático en el acelerador, y aquí corroboré que el virus llegó a quitarnos todas las velocidades, hasta las de una máquina. Decidí que iría a un barrio que quedaba a unos diez kilómetros, era tranquilo y esperaba encontrar algún sitio donde pudiera comerme un helado, de chocolate, como en los viejos tiempos; seguí con los 40 kilómetros por hora, pero ya un poco más tranquila, por la música que mi angustia me había hecho ignorar hasta ese momento; giré a la derecha y me encontré con la cancha del lugar, también vacía, recuerdo uno o dos balonazos que me dieron en el rostro unos años atrás allí mismo.

A medida que me adentro en el lugar, las personas empiezan a aparecer como puestas estratégicamente por una fuerza superior a unos cinco metros cada una, su sonrisa ahora la cubre un pedazo de tela y sus manos están ocultas por unos 50 centímetros de látex; solo pude pensar que ojalá

esas personas debajo de todo eso con lo que se cubrían, se encontrarán. “Heladería” fue el aviso que encandiló mis ojos, me dirigí al sitio y efectivamente sentí alegría al ver a través de la reja esos enfriadores, fue tanto el entusiasmo que no logré percibir que estaba abajo, y que en ese sitio donde amaba sentarme a saborear el helado ahora había un letrero que decía: “pedidos únicamente por la ventana”. Por un momento consideré las posibilidades de que el virus estuviera en la ventana o en las manos de la vendedora, en la cuchara del helado o incluso en mi interior, pero decidí arriesgarme, siendo nuevamente irresponsable; luego de un saludo lejano pero simpático logré decir, —Deme uno de ocho bolas de chocolate, por favor. —Con todo gusto, me respondieron.

Justo en ese momento sentí pasos tras de mí, era un chico también cubierto por un sinfín de trapos para protegerse y protegerme; ojalá la manera de usar esos trapos no simbolice su mundo interno, el temor le salía por los poros, lograba traspasar las telas, puedo jurar que podía sentirlo, podía olerlo, incluso podía verlo. Él decidió quedarse a unos tres metros de distancia, es lo que nos han dicho; ya saben, mantenemos la distancia, nos lavamos las manos y el virus no aparece. ¡Mentiras!, el virus anda, anda en las puertas, en los pasamanos, en los vasos y ¿por qué no?, hasta en mi helado. Lo recibo y corro rápidamente al auto, respiro un poco para asimilar lo que estoy viviendo, observo de lejos al chico, saca una libreta, la señora le entrega unos billetes, y hace un gesto con el que indica que no puede darle más, el chico anota algo en su libreta y se va; hubiera sido una mejor elección haberse comprado un helado de ocho bolas, pero es lo que sucede, aquí todos debemos buscar cómo comer, la señora vendiendo helados, yo comprándolos, y el chico, bueno... haciendo lo necesario.

Me dediqué a comerme mi helado y una vez más me sentí insensible, lo ignoré y preferí solo disfrutar la sensación fría en mi boca. Transcurrieron aproximadamente 20 minutos, varias personas pasaron por mi lado, algunas sin tapabocas, otras con máscaras para gas, algunos vestidos ligeramente, otros cubiertos hasta las mejillas, pero ninguno de ellos se atrevía a saludar a alguien que caminara cerca; a veces se cambiaban de

calle, giraban su cabeza, se metían por las mangas, cualquier cosa antes de aproximarse a ese otro, con el que en antaño, cantábamos y bebíamos vino.

La cuadra en la que me encontraba era bastante comercial, había almacenes de belleza, barberías, panaderías, hasta una veterinaria y la tienda. Esta última era la única que estaba prestando servicio, dos ancianos, amigos de mis padres, eran los encargados; el lugar estaba cercado por unas cintas que decían “precaución” y el cliente solo podía llegar hasta ese límite; los tenderos ponían el pedido en una canasta y la empujaban con un palo de escoba hasta el comprador, quien ponía allí mismo el dinero, y la canasta mágicamente volvía al sitio inicial; se repetía esto una y otra vez, inicialmente pensé en el músculo que desarrollarían empujando la caja tantas veces, pero luego, agradecí, porque a pesar de que la mayoría permanece en sus casas, los tenderos, por necesidad o por solidaridad, siguen abriendo sus puertas, y los compradores siguen llegando.

Me puse en marcha; ya no temblaba ni sudaba, pero no puedo decir que me sentía totalmente tranquila. Me adentré un poco más en el lugar para ver qué había de nuevo, y el asombro me invadió al darme cuenta que había una cantina abierta con aproximadamente diez personas; era un jueves, al parecer, ahora todos los días pueden ser fin de semana; quienes estaban allí bailaban y tomaban cerveza, no tenían tapabocas, ni guantes ni nada que los protegiera de la amenaza, sentí miedo por la posibilidad del contagio y decidí irme.

Me encontré con cuadras totalmente solas, de no ser por mis ventanillas cerradas, hubiera podido escuchar incluso el ruido del viento. Al llegar a la entrada de aquel barrio, la sensación era extraña, este lugar estaba en mi memoria como algo seguro y tranquilo, pero ahora es como si todo se hubiera caído; no vi armas, no vi peleas, pero es como si esa bolita a la que llamamos Covid-19, estuviera en cada esquina, en cada pared, en cada poste y en cada sujeto que yo había visto hoy.

De nuevo me encontraba en la autopista, en frente de mí había un puesto de control del tránsito, me indicaron que parara, por poco no veo al guarda, paré en la bahía, —buenas noches. Yo tenía mucho miedo, por el virus y por la posibilidad de que me hicieran un comparendo. Eran

aproximadamente diez guardas, todos con tapabocas industrial, guantes de vinilo negros, tarros con desinfectantes, y toda la parafernalia que acompaña en estos tiempos nuestra vida. El procedimiento no fue nada especial, papelería, cédula y puedes seguir, pero yo temblaba, al punto que me fue imposible abrir mi billetera sin tener que quitarme el tapabocas antes, mi cerebro reptiliano fue el que actuó en ese momento, el miedo y la angustia advertían amenazas.

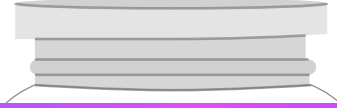
Pude seguir, intenté tranquilizarme un poco, dejé la autopista y comencé a subir; el perro ya no estaba. Unos kilómetros después encontré la portería, el mismo hombre se acercó al auto y solo escuché un grito —residente— y el otro hombre, que estaba dentro de su oficina, inmediatamente hizo que se abriera la reja. Antes de todo esto, siempre había aproximadamente cinco hombres en este lugar, ahora únicamente dos o tres por turno, todo se ha reducido, los abrazos, las visitas, la valentía; ellos usaban máscara, y en la parte de ingreso peatonal había desinfectantes, yo solo me preocupé por seguir, no me pregunté siquiera por el miedo de los guardas, aunque era evidente que lo sentían.

En ese momento solo quería estar de nuevo alzando mi pierna para pedir el ascensor, aceleré un poco, violando la norma de “máx. 10 km/h”; en los balcones se veían linternas y se escuchaban risas, la luz no había regresado, y en tiempos de cuarentena, estos accidentes inesperados pueden causarnos alegría por el mero hecho de sacarnos de la rutina. Minutos después me encontraba en el parqueadero, mi pulso empezaba a bajar, apagué la radio, subí el freno de mano y salí del auto; al fondo había alguien con una linterna, la incertidumbre vino a mí, no quería tener a alguien cerca, por un movimiento de la linterna, pude ver que se trataba de un guarda, eso me regresó la tranquilidad porque él seguiría su rumbo sin dirigirse a mí en ese momento. Caminé rápidamente, y en este lapso, por fortuna, regresó la luz, llegué al ascensor, alcé mi pierna y en poco tiempo las puertas se abrieron, dudé sobre si había parqueado en el lugar adecuado, pero decidí seguir; llegué al pasillo, sentía que lo había logrado, inserté la llave, abrí la puerta pero no entré, empecé a despojarme de todo lo que me cubría, me quité mis zapatos, el tapabocas, y haciendo equilibrio quité mi jean y salté dentro sin pisar la superficie del pasillo; con un

guante recogí mis pertenencias y las arrojé en un recipiente con jabón y con dos tapitas de cloro por cada litro de agua, ¿quién diría que este dato que me enseñó mi madre me sería tan útil este día?

Por fin estaba adentro, sin ropa, pero “segura”. Mi casa cumplía la función de la cobija de mi niñez, que de manera real o imaginaria, me ayudaba a aminorar la angustia de saber que hay un monstruo afuera. Con la tranquilidad del hogar, empecé a pensar muchas cosas, me di cuenta de que eso que llamamos ciudad, se logra por su gente, por lo que hacen o dejan de hacer, por los abrazos, por la música que allí suena y el baile que practican. La ciudad somos los estudiantes que vamos a la U, los obreros que madrugan al trabajo, los platos que se sirven en los restaurantes, son los gritos de los niños en los parques y la sabiduría de los ancianos en las tiendas, es el “buenos días” de tu vecino, y la bendición de la abuela al salir de casa, son tus hijos despidiéndose por la ventana, el carro que los transporta, y la profesora abriendo la reja de la escuela, la ciudad es el vendedor de frutas, es quien limpia las calles, y es el conductor del bus; la ciudad son las palomas en el parque de Bello y las fichas de ajedrez del parque de Envigado, es el campesino que baja flores de Santa Elena y quien las distribuye en la placita de flores; la ciudad somos vos y yo, que aunque hoy no nos vemos, guardamos la esperanza de algún día hacerlo de nuevo.

Y aunque toda esta historia sonó abruptamente tétrica, no te lo tomes tan enserio, al final esto también pasará; es el hito de la historia que a mi generación le tocó contar, pronto estaremos de regreso en nuestro hogar o, al menos, tapándonos con la cobija.



Reinvención del ser

Sarita Castro Grajales

Lunes, martes, miér...los días, las noches, las tardes de lectura, de juego, de ocio, ¡qué difícil es aún la aceptación de mi ser, de la naturaleza y la pureza que me rodea! Distinguir mi realidad me cuesta, aun cuando creía que estaba en ella, sesgada de la cotidianidad y de la rutina, día a día creyendo en lo que era esencial, sin saber que la esencia es una máscara que nos impide mirar más allá y descubrir ese Otro maravilloso sin tapujos ni tabús.

Ahora estoy encerrada no solo en la casa, sino en mi cuerpo, que se vuelve pesado al sentir que la vitalidad y fuerza se desvanecen en el hoy. Me siento llena de miedo por el mañana, quizá sin sanar el ayer y sin visualizar el cambio estructural que hay dentro de mí. A pesar de que el desasosiego inunda mi ser, lentamente veo una luz que sale de mi pecho, crece e irradia a aquellos que están cerca; sin saberlo he cambiado, mi mundo se ha transformado, no solo me preocupa el ser productiva, sino el ser natural, el ser yo...necesitaba de ese drástico momento para entender, valorar y reflexionar acerca de aquello que nos aqueja dentro y fuera, a mí,

a ti y a nosotros. ¡Oh Gaia!, ¡cuánto te amo!, me encanta el verte renacer gracias a nuestra ausencia destructiva; sin más ni menos, vas sanando y mientras nosotros pensamos que estamos ahogados.

El reinventarme como ser humano, con nuevos métodos de relación, de trabajo y de vida en general, me hace creer que la sociedad tal como la dimensionamos se nos muestra buena y positiva cuando en realidad es hostil y cínica. ¿Qué sigue ahora? ¿Vamos a continuar igual? Gracias a la ciencia tal vez pronto se acabe esta pandemia, pero qué pasa con el alma rota, la ansiedad, la depresión y ese darse cuenta de una realidad interna carcomida por un ego que se convierte en un ser superior y nos oculta nuestro origen y nuestros verdaderos cimientos; qué pasa con esa sociedad en la que claramente se ve nuestro grado de inconciencia o incoherencia que se transforma en una vil muerte fría pero segura.

El pensarme en un nuevo despertar mental y espiritual me llena de motivos para indagar sobre esas ideas que rechacé por no ser lógicas, pero ya dudo de la lógica y de los ideales sociales.

Las noches oscuras me hacen apreciar los días de sol. En las horas de luna me desvela el recuerdo de quien me hace retornar a otra dimensión, para encantarnos, por medio de una virtualidad, la cual se convierte en el no estar estando, contradictorio pero real. El hecho de que nos reencontremos en una nueva forma de comunicar o expresar, me hace pensar que es imaginario o inalcanzable...la amo igual que como amo las formas, texturas y colores de su cuerpo físico.

Hoy siento tu luz, la siento incrustada en el pecho y crece; a pesar de que duele, al mismo tiempo va sanando. Me siento iluminada. El dolor me vuelve más fuerte sin importar eso que pasó o lo que pasará.

La vida depende de la muerte. Esas verdades agrídulces vociferan en nuestro ser cuando permean nuestro pequeño mundo. El significar la muerte le da más sentido al vivir y al hacer, al pensar. Sin embargo, no estamos totalmente listos para enfrentarla y entender que todo es una cadena de coincidencias que siempre tienen sentido en nuestro trascender humano.

Sí, Gaia renace. Sí, la amo porque ella, solo ella, nos permite el ser y el estar aquí en esta dimensión, dentro de este gran *pluriverso* que se convierte en un gran misterio; igual que ella, creemos saber mucho sobre lo que es, pero estamos en otro canal diferente en el que coincidir se vuelve casi imposible.

Nos ahogamos en nuestros miedos, en el ego y la sociedad, sin apreciar la luz que nos alumbra adentro y que nos permite dejar de lado nuestro temor a la transformación y al reconocernos como seres de ella y para ella, por tanto, nuestro funcionamiento no puede pasar por encima de lo que nos mantiene de pie. La vida necesita de Gaia y Gaia necesita de la vida, somos un ir y venir.

Formamos tejidos de pensamiento en sociedad y eso resulta primordial para nuestra alma intangible y tal vez imaginaria; a ella siempre me aferro porque me hace sentir más allá de la piel, más allá de lo físico, y me lleva a apreciar el Otro como ese gran ser de luz que resignifica mi voz; esta diferencia y respeto nos permite sensaciones únicas e indescriptibles, dejamos de pensar en un yo y revivimos un nosotros.

Amar, al igual que respetar, resulta a veces basto para la vida en sociedad; probablemente nos llaman más los actos de guerra y violencia porque nos hacen pensar en ser primero yo, segundo yo y tercero yo. En este caudal peligroso nos adentramos para creernos normales y positivos, olvidando que el otro es una entrada primordial del yo; el amar nos permite amarnos, la tristeza reencontrarnos y ser diferentes, pero no significa que valga únicamente el amor ajeno, simplemente resalto que somos seres de Gaia y por ello resulta importante crear mundos alternos en donde el amar no esté mal visto. En estos tiempos en los que el encuentro físico es difícil, lo ideal es trascender en el sentimiento-acción y hallar en las limitaciones una puerta infinita de posibilidades; allí, el amor por otro se convierte en una gran fuente de inspiración y, a su vez, de motivación.

Claro está que la tecnología nos facilita amores a distancia, como también aprender a distancia, aunque es un poco agotante estar detrás de las pantallas por horas, sin mencionar la acumulación de tareas a causa de los distintos roles que deben desempeñarse durante las veinticuatro horas y los siete días de la semana. Es de resaltar que esto ofrece la posibilidad

de crear nuevos espacios de conocimiento y pensar en quienes por cualquier causa no pueden asistir a los cursos; entrar en conciencia requiere de otro y la virtualidad nos puede abrir las puertas tanto al mundo del conocimiento y como de relacionamientos diferentes.

Somos seres productivos para nuestro sistema, el cual piensa algunas veces más en las riquezas monetarias que en el mismo pueblo. Por eso resulta demasiado tensionante para muchos no aprender cinco idiomas o que no surja pronto la vacuna contra el coronavirus. Estamos acostumbrados a hacer y olvidamos reflexionar; no podemos ser esquivos a la realidad interna, debemos estar dispuestos a enfrentarla y crecer con su fuerza. Muchas personas marchábamos en contra del sistema y del patriarcado, estando bien se nos olvidó que nosotros hacemos parte de esa estructura, que en nuestro diario vivir tenemos actos contradictorios a lo que proclamamos y este llamado a la reflexión y la crítica es a cambiar iniciando por lo más pequeño; tal vez al principio seamos minoría, pero después tendrá tanta voz que transformará y creará conciencia de las injusticias que nos atan de pies y manos. Y esto nos ayuda a ser empáticos, porque somos seres humanos, estamos hechos para vivir en sociedad, para ayudar y modificar esa realidad atropelladora por medio de la conexión conmigo, con otro.

Conexiones...permean todo nuestro cuerpo y lo que hay fuera de él; son invisibles, son energías movilizadoras que nos destinan a vivir el caótico presente. La conexión solo implica estar vivo, ser parte de la grandeza que conlleva estar en el mundo; la energía nos mueve fisiológicamente, pero espiritualmente para mí tiene mucho sentido, porque las energías no solo mueven cuerpos y pensamientos, creo con firmeza que están arraigadas íntimamente al proceso del avanzar en el mundo, como consecuencias adyacentes al movimiento de todo lo que pasa dentro y fuera del Gaia.

El expresar por escrito lo que se siente, se piensa y como se asumen las relaciones durante la cuarentena es difícil porque no siempre estamos dispuestos a analizar un poco más allá de lo que llaman bueno, normal. Si bien los estándares son necesarios, se tornan complejos en la medida en que continuamente clasificamos a las personas en grupos; desde nuestra infancia estamos expuestos a ello y es difícil de controlar, incluso algunos

no pueden evadir el qué dirán. Pero ahora, la cuarentena nos ha llevado a ser solo uno frente la pantalla, no importa el físico, qué llevas puesto u otros componentes que surgen al ver el otro...ahora nos queda pensar y sentir por nosotros mismos; recordemos que juzgar se convierte en un arma de doble filo que refleja mis incomodidades, mis carencias, al hablar de aquel otro.

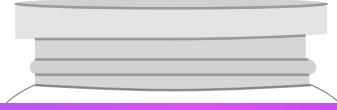
Cada ser vivo es diferente, particular y eso trae consigo que seamos un mundo imperfecto, donde prima la homeostasis desde lo más micro, que puede ser una bacteria, hasta lo más complejo como lo es el ser humano. ¡Qué mágico! Somos imperfectamente perfectos, somos cambio, somos una versión discreta y remota de vida.

Me encanta hacer parte del hoy, de una transformación inédita e inminente donde todo es válido a la luz del crear, incluso plasmar mediante estas letras los pensamientos de días de luz, pero también aquellos de oscuridad. Aprendo de esta actualidad en la que el surgir está obstaculizado por un ser acelular, llamado coronavirus, que tiene su propia historia y que nos complica visualizar un mañana; ese virus también busca sobrevivir, al igual que nosotros, lo que muestra que tratar de pasar por encima de la vida tiene sus consecuencias.

Reflexiona, da de tu vida y de tu tiempo para así mantener un “equilibrio”; tal vez eso ayude a tu cuerpo a florecer, a echar raíces y a comprender que solo tú puedes encontrarte en medio del caos y el desorden. Hay dolor, pero dudar no es una opción; disfruta del resplandor del cielo, de las hojas al aire libre y de los sueños. Invitémonos a ser conscientes de lo que somos y de lo que nos rodea; los recuerdos son el impulso para inspirar a otros en medio de esta gran oportunidad que se le ha dado al ser, estar sin más ni nada, sin ataduras ni pequeñeces...claro que los tiempos difíciles duelen, pero el dolor nos hace trascender.

RELATOS Y MORALEJAS





Un café al atardecer

Carlos Andrés Córdoba Quintero

Son las cuatro de la tarde, estoy en casa.

Algo en mis manos no anda tan bien como antes. El recorrido que hace la cuchara desde la bolsa del café hasta el filtro de la cafetera pone a prueba mi pulso: pequeños granos en caída libre hacia el suelo.

—Luego los limpio. Le digo al yo ordenado que aún habita en mi cabeza.

¡Cabeza!, claro. Desde muy joven empecé a perder mi cabello gracias a las maravillas de la genética. Hace poco cumplí 75 años y la maraña que representaba mi afro infantil ahora es un terreno árido, deforestado.

—Andrés, ¿no está listo el café? se nos va a ir el sol—. Se escucha desde el corredor en la parte externa de la casa; es Ana, mi esposa, tan impaciente como siempre. —Ya voooooy—, le grito mientras termino de servir la segunda taza de café. Avanzo hacia ella.

Camino desde el otro extremo del corredor; mis pantuflas arañan el suelo. Al fondo la veo: la longitud de su cuerpo está envuelto por una cobijita estampada con huellitas de perro. Permanece sentada en una mecedora mientras observa, muy concentrada, uno de los árboles que crecen en el jardín de nuestra casa. Es un árbol de naranjas.

Coloco las dos tazas de café sobre una mesa pequeña que es el punto central de las dos mecedoras donde siempre nos sentamos a tomar café y a ver el atardecer. Mientras me siento, ella sigue mirando el árbol. Sus ojos se mueven como péndulos.

—Oíste —le digo: —¿Qué es lo que estás mirando?

—Hay un pajarito revoloteando en el naranjo. Me responde con la voz tenue y contundente que la caracteriza.

—Estarás vigilando que no se te robe las naranjas, me imagino.

—No. Si a él le gustan las naranjas tanto como a mí, entonces me cae bien.

Me inclino a tomar mi taza con aquel líquido humeante y observo cómo el sol dibuja el contorno de su rostro: ¡Carajo!, no puedo creer que ella, mi amiga de hace muchos años, se haya convertido en mi esposa hace tanto tiempo. ¿Qué será de la vida de Sofía y Santiago, los chicos que nos presentaron?

El estado hipnótico al que me sometió el brillo del sol posándose sobre sus ojos color miel duró hasta el momento en que ella giró la cabeza para mirarme:

—¿Cuántas veces te he dicho que no me gusta cuando te quedás mirándome fijamente?

—Supongo que serán las mismas que yo he mencionado que tu cobija con huellitas de perro es ho-rrri-ble. Le respondo, entre risas, con el tono irónico de mis mejores años absolutamente intacto. Ella, que no da pelea por perdida, contraataca:

—Cuando estábamos en la época del coronavirus tenía una pijama de huellitas de perro: te hubieras muerto de la dicha si tan solo la pudieras haber tocado, o mejor aún, ¡habérmela quitado!

—¡Coronavirus!, Qué golpe tan bajo. Ni se te ocurra volver a mencionar eso. —Por dentro, inevitablemente, le doy la razón: ¡qué dicha hubiera sido quitarle esa pijama!—

—Te gané, como siempre. Me responde, mientras su rostro añejo y lleno de pliegues es invadido por la sonrisa maliciosa que la identifica. Agarra su taza de café, sorbe un poco.

Siempre me pareció fascinante su astucia y el significado de ganar; recuerdo que en la época de la pandemia ninguno de nosotros fue justamente vencedor.

Después de muchos años de ser amigos, Ana y yo nos hicimos novios en la madrugada del domingo 8 de marzo de 2020. Al día siguiente desayunamos juntos y fue ese nuestro último encuentro: vivíamos en ciudades distintas y a causa de la cuarentena pasamos días, semanas y meses combinando la incertidumbre propia de la situación con la impotencia de tener que estar lejos por obligación.

Mientras el sol continúa cayendo frente a nosotros, le propongo a Ana recordar los momentos que vivimos separados por causa del virus y le advierto que no me vuelva a mencionar su pijama. Ella acepta y toma la iniciativa:

—Tu cumpleaños fue el primer evento memorable que nos perdimos de estar juntos.

—¡Mis 29!, el último dígito antes de subirme al tercer piso. Claro. ¿Recuerdas que hicimos una videollamada por WhatsApp para que estuvieras presente? Aún no me explico de qué manera lograste contactar a mi mamá y a mi hermana para planear la celebración que hubiésemos tenido si nada de eso hubiera ocurrido.

—A mí me hubiera encantado estar ahí, no por vos, sino por la torta. ¡Se veía tan rica!

Su comentario no fue una total afrenta; desde que la conozco ha sido amante de las tortas, así que su apreciación no me asombró. Nos reímos al unísono.

—Porque sé que no concibes tu vida sin las tortas fue que esa vez decidí enviarte una a tu casa ¡qué lío encontrar un lugar abierto y un mensajero!

—Buen detalle, todo hay que decirlo. Eso sí, te recuerdo que yo lo pensé primero.

Ana había coordinado unos días antes el envío de un detalle a mi casa, pero llegó después de la torta que yo le envié. —Sí, sí. Ya sé. La guerra de tortas. Fue increíble todo eso. —Le respondo.

Mientras ambos estábamos en nuestras casas, cada uno hacía sus labores personales: ella realizaba sus rutinas de ejercicio durante las mañanas y hacía tareas de la universidad por las tardes como antes a las clases virtuales de trabajo social que recibía por las noches. Yo trabajaba medio tiempo en la mañana y en las tardes diseñaba mi revista de fotografía o algún encargo comercial, buscaba ideas para las publicaciones que realizaba todos los días en Instagram y compartía un café con mi familia durante “el reporte de Luisa”, mi hermana, quien leía las cifras diarias del Covid-19 en Colombia, antes de la aparición televisiva que el entonces presidente de la República emitía diariamente.

—¡Esas clases por Zoom eran una porquería! —sentencia Ana con un gesto de repulsión en su rostro al recordar el nombre de la aplicación por la que debía conectarse con sus profesores y compañeros.

—Sí, pero gracias a Zoom hicimos varias videollamadas compartidas junto con Sofía. —La mejor amiga de Ana— y acordáte que le hiciste trampa un día jugando *stop*.

—¡Ay! Tan linda Sofía. Pero eso no fue trampa, ahí decía Kansas — argumenta enérgicamente respecto a los tachones que hizo con lapicero negro en la casilla donde debió escribir el nombre de una ciudad que iniciara con la letra k.

—Está bien, pero perdiste igual.

—Yo sí le digo quién era el que perdía cuando hacíamos karaoke — Cuando el instinto ganador de Ana aparece no hay lugar para esconderse. Aquí vamos de nuevo.

—A mí me gusta AC/DC, no Daddy Yankee y mucho menos esas canciones de Disney de las que vos todavía sos fanática.

—Un mundo ideal, que compartir, que alcanzar —responde ella mientras los ojos se le enredan entre los recuerdos de su infancia.

—¡Tú junto a mí! —complementamos a dos voces el final de la canción de Aladdín que cantamos juntos muchas veces por teléfono.

—Todavía se me eriza la piel. No te gustaba, pero te salía muy bonita. Me mira, se ríe y bebemos de forma sincronizada un poco más del café, ya no tan caliente.

El coronavirus obligó a la humanidad a ser más creativa. Reuniones laborales por videollamada, Semana Santa transmitida por televisión, celebraciones caseras del día de la madre. Nosotros, una pareja de novios que solo se habían visto una vez, teníamos nuestro propio ritual: ver películas o documentales mientras estábamos en una llamada.

Contábamos hasta tres para dar clic sobre el botón de inicio y nos cerciorábamos de que en nuestras pantallas coincidiera la imagen que estábamos viendo. Las risas, los comentarios y los apuntes sobre algunas escenas en particular nos acompañaban hasta que, por una razón que nunca entendí, la comunicación se cortaba al cumplirse una hora de la llamada.

—¿Te acordás que nos quedábamos hablando casi toda la madrugada? —marcar, esperar una hora y volver a marcar: tres, cuatro, cinco veces más.

—Claro. Mi mamá decía que si tenía un novio celador porque me sentía hablando casi hasta las cinco de la mañana.

Nuestras sesiones de llamada se repetían todos los días y aunque por lo general nos despedíamos antes de colgar, Ana, en ocasiones, se quedaba dormida durante alguna parte de la llamada y yo permanecía del otro lado de la línea escuchándola dormir hasta que se cortaba la comunicación. No ronca, soy testigo de eso.

Dentro de nuestros cuerpos llenos de surcos, como la textura de un árbol, se esconden dos almas que aman, incluso hasta hoy, sus profesiones: ella es trabajadora social, yo soy fotógrafo.

Durante muchos años tuve un taller de fotografía en una población del municipio de San Bernardo del Viento, departamento de Córdoba, al que iba anualmente durante mis vacaciones con la idea y responsabilidad de dictar un pequeño taller de fotografía. Ana conocía el lugar solo por mis relatos y prontamente pensamos en que debíamos realizar uno de esos talleres en combinación con sus conocimientos de trabajo con la comunidad. Así fue como más rápido de lo que imaginamos nuestras profesiones convergieron en el mismo punto: ayudar a las personas que por la difícil situación vivida en la cuarentena no tenían recursos para solventar su alimentación.

—En mi pared de recuerdos todavía tengo la foto que me diste luego de la venta de imágenes que hiciste para conseguir recursos y donarlos. Siempre será de mis favoritas.

—Ah, sí, la foto de los niños en el kiosco de Isla Fuerte. Es una de mis favoritas también.

Durante la segunda etapa de la cuarentena puse a la venta algunas de mis fotografías para recaudar fondos. Ella fue mi mano derecha durante todo el proceso, desde la comunicación de la idea e identificación de las necesidades de la población, hasta la entrega y seguimiento a todo lo que pudiera acontecer en el lugar donde se repartieron las ayudas.

—La gente de San Bernardo quedó muy agradecida. ¿Recuerdas que ese era el lugar al que íbamos a ir una vez finalizara la cuarentena? — pregunté.

—Dijimos San Bernardo, pero también Isla Fuerte, Cartagena o San Andrés. El caso es que el mar nos estaba llamando a gritos —contestó dando pequeños golpecitos con su puño cerrado sobre el apoyabrazos de su mecedora.

Los últimos rayos del sol acariciando nuestros cuerpos, las tazas de café ya vacías puestas sobre la mesa, y un silencio perpetuo recorriendo cada espacio de la casa son el escenario previo a la pregunta que estaba esperando hacer y que ella atinó a lanzar primero.

Con su mirada dirigida a un cielo pintado por variedad de tonos anaranjados y rojos, me dice:

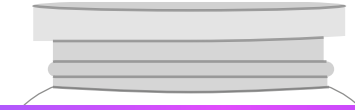
—Andrés, ¿todavía te acuerdas de cómo fue la primera vez que nos vimos después de todo eso?

En el instante en que me disponía a responder su pregunta un sonido abrumador sacudió mi cabeza: mi celular vibraba con insistencia sobre una mesa de noche. En la pantalla se leía: Ana. Deslicé mi dedo sobre la superficie. Al otro lado de la línea, la voz contundente de ella:

—Hola. ¿Cómo estás?

Antes de si quiera poder contestarle, añadió: —nos quedan quince días más para vernos, amor. Extendieron el aislamiento preventivo obligatorio.

Yo, al otro lado de la línea, antes de poder responderle, desperté de mi sueño.



La muerte es el otro

Marlon Andrés Carmona Otálvaro

Mamá estaba cada día más desesperada, ninguno de los amigos con quienes salía los fines de semana tenía como ayudarle más en esta cuarentena. Durante las primeras semanas, algunos la apoyaron con dinero para la comida y los servicios públicos, pero a estas alturas ya sus amigos también se habían visto afectados económicamente y hasta dejaron de a poco de contestar sus mensajes. Mi madre permanecía todo el día pendiente de sus redes sociales, esperando algún mensaje en el que se le avisara de alguna consignación de dinero para poder comprar comida, pues en la alacena quedaba solo un paquete de tostadas y en la nevera una libra de jamón, lo que a lo sumo alcanzaría para un día. La situación se hacía más desesperanzadora por el hecho de que yo me quedé sin trabajo a la segunda semana de haber iniciado la cuarentena, y la liquidación que recibí diez días después la destiné casi toda a pagarle a un prestamista un dinero que utilicé para irme de paseo con mi novia en el día de su cumpleaños a unas cabañas en Doradal, doce días antes de que todo iniciara.

La otra circunstancia que agravaba la situación era el ciclo menstrual de mi madre y mis hermanas, pues también sus toallas higiénicas se iban acabando y, como ya dije, no teníamos dinero ni para comer, lo que las obli-

gaba a estar atentas a sus cólicos, dolor en los senos, calambres pélvicos, y demás síntomas para dirigirse a tiempo al baño y poder enjugarse antes de derramar su sangre en las camas o pasillos del apartamento. Esta situación no solo era miserable, sino humillante para dos adolescentes de dieciséis y doce años; no digo que también para mi madre porque en su niñez había vivido peores cosas con sus hermanas a causa de un padre maltratador y drogadicto, y en ese momento para ella lo único que importaba eran sus hijas.

Los nervios de mi madre se venían dislocando a tal punto que —debido a la situación económica y la angustia que fomentaban los noticieros sobre la desconsoladora situación y necesaria extensión de la cuarentena—, por el más mínimo motivo, por nimiedades como no lavar la vajilla o barrer mal el apartamento, gritaba e insultaba a mis hermanas de una manera casi voluptuosa como quien busca ahogar su desesperación en esas pequeñas dosis de placer furioso. Es paradójico que la impotencia de no poder obrar en situaciones tan angustiantes haga que dirijamos nuestra furia hacia aquellos que precisamente más queremos proteger; es tanta la tensión y preocupación que todos nuestros afectos se concentran en ellos, incluidos el instinto de conservación y el de destrucción, y es esa tremenda contradicción interna y que nos domina, la que se consume todas nuestras fuerzas nerviosas.

Mi hermana Susana es la más obediente y dócil con mi madre, heredó de su padre un carácter sosegado e indiferente. Todo lo contrario, es Maritza, la menor, que igual que mi madre posee un temperamento confrontativo y conflictivo que no distingue a ninguno, si la más insignificante cosa le molesta.

Por la cabeza de mi madre pasaban ya ideas como saquear, atracar, robar, incluso matar si era necesario, decía que no iba a dejar a sus hijas morir de hambre. Digo solo sus hijas, ya que no me incluía a mí entre sus cuidados, pues, de hecho, yo debía ser quien, según ella, por un natural instinto familiar que alegaba, debía secundarla en alguno de estos propósitos. La verdad es que ella no tenía el temple necesario para esto, era nerviosa y asustadiza, se hubiese desmayado de solo imaginarse atrapada, pero pasa que en las situaciones límite nuestra imaginación fantasea con ser quienes no somos, porque es la única manera de no conducirnos hacia

el peñasco del suicidio que, ante un creciente estado de exacerbación, va ganando lugar en la mente de las naturalezas débiles y enfermizas. Es un atributo, más que humano, universal, el engañarse respecto de la realidad, y esto se comprueba en el hecho de que las múltiples especies ven la realidad a su modo, y a su vez, esta es un cristal que irradia un tipo de luz dependiendo del ángulo, la especie, desde la que se le mire. Y era ese instinto omnipotente el que reinaba en mi madre al concebir semejantes planes.

Mis hermanas y yo nos planteábamos otra situación, algo que mi madre no hubiese osado permitirse en su mente por su tremendo orgullo, una especie de dignidad de la prostituta que consiste en no humillarse ante nadie porque ha sabido siempre <como sea> conseguirse lo suyo, lo que en realidad, no es más que un paliativo moral, que impide que se sienta más repugnante frente a sí misma, es decir, esa altivez insegura, es el último fortín a salvo que le queda de las derrotas de enfrentarse a una vida llena de horrores y miserias. Mis hermanas y yo, continúo, acordamos que nos turnaríamos de a un día para ir a pedir ayuda a algunos apartamentos vecinos en los que identificamos que vivía la gente de mejores recursos, entre ellos, una familia de chinos que tenía dos restaurantes cerca de la estación Niquía del metro y que siempre se mostraban muy amables; aunque, en realidad, tal amabilidad no es más que un reflejo que nace de un instinto de precaución propia del extranjero, que manifestando su cortesía, lo que hace es deponer su fuerza ante el peligro de una fuerza local.

Pero por una herencia oculta en nuestro inconsciente, comprobé que los tres éramos vástagos de aquella altivez de mamá, pero sin su inseguridad, porque cuando llegó el momento de tener que limosnear, ninguno fue capaz de hacerlo, el hambre que nos acuciaba las vísceras resultó no ser más fuerte que nuestro vanidoso orgullo, por lo que tuvimos que pasar un día y medio más sin comer, lo que removi6 cada una de mis entrañas. Todas mis ideas se derrumbaron ante el hambre, ninguna teorí a fue ya válida, y el llamado proceso universal se convirti6 en charlatanería barata de desocupados sin vísceras ni noción de la realidad; todo el aparato conceptual que me había ido construyendo durante años sucumbió ante el deseo de un pedazo de comida, aunque fuera, me decía, rancia. Mirar a

mis hermanas era mirar de frente al terror y desasosiego triunfantes, pero ver a mi madre era situarse ante lo atroz en sí, no por su dolor, sino por su creciente esquizofrenia, se la pasaba llorando y gritando, vejando, rene-gando, desquitándose con nosotros, perdió en esos momentos el sentido de la compostura, era peor que un animal porque al menos la bestia más rapaz no podía proferir semejantes vituperios; llegué incluso a escuchar a mi hermana menor decir que quería que se muriera, a tal situación selvática nos arrastró consigo la famosa cuarentena.

Las situaciones radicales no sacan de nosotros lo mejor ni lo peor, más bien aflora en nosotros un impulso de supervivencia moral y psicológica que se enfrenta a estas, según el carácter propio, con mesura o vulgaridad. Mi mamá se defendía de la vida insultándola por medio de nosotros; mis hermanas y yo, al contrario, luchábamos contra la vida economizando nuestras fuerzas mentales. Nuestro espíritu y alma obedecen al mismo instinto de conservación que nuestro cuerpo, solo quieren en toda situa-ción mantenernos a salvo, aún a expensas de nosotros mismos, como cuando alguien ofende nuestro orgullo y es nuestra vanidad la que nos defiende, al igual que cuando cruzamos por un lugar solitario y oscuro y nuestros oídos se agudizan, atentos al más mínimo ruido para prote-gernos; eso era simplemente lo que ocurría en esos momentos con los cuatro.

Soportar los pensamientos del otro, sus quejas, sus miedos, sus esperanzas, todo eso es más difícil cuando uno también está altamente desesperado, cuando uno mismo se pregunta si cabe esperar algo positivo de todo eso. El miedo, que con la reflexión se vuelve angustia, no es por la llegada de una muerte inminente, sino porque pareciendo improbable incluso, es omnipotente en la forma del hambre, y el más delicado y exquisito de los autores, por ejemplo, Proust, se presenta con la voz y la altanería del más infame de los comediantes.

Maritza, mi hermana menor, un día en que yo llegaba de caminar a la una de la mañana, pues no soportaba más el encierro y necesitaba un poco de pensamiento ligero, me esperaba despierta sin que mamá lo notara para pedirme que cumpliera la promesa de regalarle un saco rosa que le gustaba mucho y que yo llevaba puesto esa noche; ella quería

llevarlo puesto en sus videos de Tik Tok. Sin dudarlo me lo quité y yo mismo se lo puse, apurándola a que se acostara antes de que nos gritara nuestra madre loca como a un perro dañino.

Veinte días después, Maritza empezó a sentir fiebre y algo de tos seca, lo que pensamos en un primer momento que podía ser debido a la reciente humedad de la habitación en que ella dormía con Susana, y que por la falta de dinero no podíamos arreglar. Dos días más tarde comprendimos que era grave cuando comenzó sangrar un poco al toser. Mi madre se puso pálida, y muy adentro en su mirada pude notar un atisbo del horror de algo imaginado, y su repentino silencio desde ese momento causaba más terror que sus antiguos gritos y denuestos, insinuándome que envuelta en la aureola del silencio se esconde siempre una aterradora verdad.

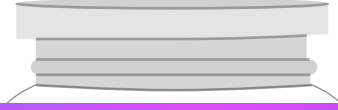
Desde afuera, la gente imagina que un niño o joven se enferma por negligencia y dejadez de la madre; hasta cierto punto es verdad porque lo que sostiene tal falta de diligencia respecto al enfermo es en realidad el temor. Para una madre que ama a sus hijos suponer perder a uno de ellos le genera un inmenso dolor, lo que a toda costa quiere evitar, aunque tenga que llenar su cabeza de falsas ilusiones y tontas quimeras para no solo curar a su hijo, sino evitarse un insostenible martirio. Eso fue lo que le sucedió a mi madre.

Conociendo la situación de numerosas muertes y graves emergencias de salud provocadas por la pandemia, ella prefirió suponer, para no imaginar muerta a su hija, que era un catarro común que podía curarse con sencillos cuidados caseros, no por pereza de llevar a su hija al hospital, sino porque era incapaz de soportar, como mostraban las noticias, no volver a ver a su hija viva y tener que conformarse con una despedida, como la que ahora teníamos, con miradas tristes, compungidas, y frases inciertas que dejaban ver la impotencia frente a una realidad avisada cada segundo por los medios. En todo amor y dolor por otros descubrimos siempre su verdadero fondo, un amor y dolor por nosotros mismos.

Tras la muerte de mi hermana, que estuvo en cuidados intensivos cuatro días en el Hospital General, y su posterior cremación sin que mamá pudiera asistir, ni verla, sin siquiera poder estar segura, como gritaba devastada, de que su hija si estuviera muerta y teniendo que creer que así

era, no volvió ni a mirarme; algo dentro de ella le decía con toda certeza que aquella noche en la que le regalé el saco a mi hermana, sin ningún cuidado ni preocupación de la situación que vivíamos, de alguna manera yo la había contagiado con el Covid-19, que mi incapacidad para seguir las normas había matado a su hija, la más parecida a ella y su bebé, por estar buscando lo que no se me había perdido.

Ya habiendo pasado todo, y volviendo de a poco a nuestra vida habitual, en la que las emociones de todo lo vivido han incrustado sobre la existencia un sentimiento del <<¿para qué?>>, me pregunto cuánto tiempo puede pasar para que mi mamá cometa una locura, desquiciada como quedó, o para que Susana, que pasa todo el tiempo sola en su habitación discutiendo con su novio delincuente, comiencen a ver lo putrefacta que es la vida, que sirviéndose de la apariencia que son las personas y las cosas, destruye todo lo que había creado. De tal demolición no se salvan ni una madre y su hija; como último gran acto queda una resignación valerosa que consiste no en aceptar el horror de vivir como una masa muerta, sino amorosa, esto me quedó claro la noche en que Maritza, afligida pero denodada, me espero para contarme que su papá le había dicho que la amaba, pero que ella debía entender que ya él tenía otra familia, y concluyó: “hermanito, yo los amo más a ustedes desde que mi papá me causa tanto daño”.



Representación de una mirada ciega

Santiago Andrés Rojas Barrientos

El alma de las palabras residía en mi mente con un sonido estético. —¿Nos jugamos un apuntadito de dos mil o qué? — Fue la primera mañana y la más rara; esa voz no dejó concluir mi sueño pendiente, aunque parecía la búsqueda de algo intenso quise seguir impaciente, envuelto en la cobija que ya me causaba un calor horripilante. Tal vez era una especie de alarma que me indicaba que era la hora de tomar el café matutino. Hoy me pregunto si es que don Víctor, el vecino del piso segundo, estaría informado de que justo a las 8:30 a. m. tomo mi café junto al balcón. Conviene a los felices permanecer en casa. Noté que la sombra generada por el sol reflejaba el cuerpo en la calle y entonces advertí que el vecino era quien, también junto a su balcón, tomaba su respectivo café en compañía de su esposa mientras hablaban acerca de la cuarentena. Quise con alegoría hacer ademanes de querer saludarlo, pero recordar que él interrumpió mi sueño me hizo frenar el impulso.

Se empieza a llevar una segunda vida y él lo advierte con recelo. Ahora mirarse en horario vespertino antes de oscurecer le lleva al horror; es como ver en él al súper héroe solitario y preferido de un inocente joven-cito. Prefería morir antes de seguir en esa rutina mediocre. Me impresiona

que apenas llevaba un día de esa tal rutina y ya se quejaba —dichoso yo de levantarme con la tranquilidad de que voy a tomar un café acompañado de un tango de Gardel, pero no he contado con tanta suerte, solo me la paso en busca del ansiolítico que me hace volver a la realidad súbitamente—. Se me volvió indiferente de un momento a otro, no sé bajo qué influencia acepté escuchar la historia del apuntadito de dos mil cuando ya mis vecinos advertían lo abyecto que era el sujeto.

Ese día —y el segundo— se percibía miedo; de hecho, aún lo noto, aunque la vida ha demostrado ser más fuerte. El cambio abrupto de repente; ese oscuro silencio que me permito ver en la avenida principal de mi pueblo, Yarumal, que si uno cierra los ojos puede ver las paredes de su cráneo. Hoy tengo una posición más clara frente al encierro, me siento tranquilo y los días me han permitido cumplir deseos fugaces al interior de mi casa. Después de desconcertantes teorías lloré, lloré porque por primera vez sentí que mi vida era más valiosa que mi muerte y que el encierro, si bien deduzco que no será muy extenso, no es un motivo para postrarse y dejar la vida pasar.

Entonces justo hace unos días, luego de que interiormente disculpé al vecino —aunque él hasta hoy no lo sabe—, como a eso de las 11 de la noche, hora en que la maldad se empieza a meter al cuerpo, me decidí a realizar unas pequeñas caminatas digestivas. Debí parecer un loco ante mi madre si se le hubiera ocurrido salir a la cocina por un vaso de agua. ¿A quién se le ocurre darle repetidas vueltas a la sala de estar justo antes de ser la media noche?

Esos comportamientos huraños me dejaban claro que me podía convertir en el hijo de la maldad o, peor aún, del odio. No tenía un motivo claro que me permitiera saber de qué venía esa aversión frente a un inculto e intrépido joven que se plantó a vivir al lado de mi cuarto. Yo creía que solo lo habían dejado ahí, tirado como una mascota. Tal vez para mí no era él una total garantía de compañía y, sin embargo, aparentaba un trivial intercambio de palabras cuando lo sentía acercarse. Al saberse abandonado sentí un galeote en el magín. Al principio nos hicimos amigos; noté el alambre que cortaba su pecado y culpa. Era evidente que algo venía a

contarme. Imaginaba ese sufrimiento. Me susurraba que sí era posible y yo, que no lo podía descifrar, me ponía impaciente. Sí es posible, repetía de nuevo, ¡sí es posible!

Me sentí más tranquilo haciendo esto, aunque la comodidad de la cama no me suponía mayor placer. Leer libros y revisar documentales de historia me ha entretenido, pero confío en que cualquier día habrá un parpadeo de luz y un segundo después, no sé, podríamos estar muertos y también eso es normal como este encierro. No me preocupo de parecer otro. Esta búsqueda de algo intenso hace que el cuento se vuelva algo miedoso, algo que debo ocultar para no alertar a mi familia. Una noche sentí una nube cargada de oscuros presagios, pero no me amilané ante ellos; fue cuando el ritual que había cogido como vicio se apoderó de mí, justo antes de llegarse la media noche. Salí de mi cuarto en busca de cómo reemplazar la caminata digestiva y de repente me hallaba en el balcón con vista a la avenida principal. Buscaba diferencias de silencios y no encontraba tal cosa, era el mismo silencio del día, un poco más nítido y esto se debe al oscuro presagio que es la noche.

Pensaba al día siguiente en la metáfora que es el universo; aunque pasé unas horas de aquella tarde junto al balcón no hallé mucha diferencia con la noche. No sé si de momento terminé vociferando en voz alta: —Aún estás vivo —menos mal, repliqué yo. Fue como una gélida corriente que se posó en mi regazo, me condujo y me hizo responder de golpe. Me estaba siguiendo en todo momento, siempre pendiente de mí. No quiero parecer esa persona a la que hay que montarle guardia dándose mañas para deslizarse entre la sala y aparecer justo enfrente de sus narices y frenar las ganas de algo.

De momento el mundo me encantaba, aunque sabía que precisamente no jugábamos a escondidillas. Le replicaba que no quiero abandonar el mundo sin sacarle hasta la última gota de sustancia. Lo veía ahí, paciente, como pensando en calidad de espectador. Me decía nuevamente que sí había sido posible y yo asociando ideas, atando cabos sueltos me permití formular una pregunta: —¿Estás tan loco como creo? Es increíble el significado que denotan los simples gestos, yo esperaba que me replicara algo y no obtenía tal cosa. Cuando decidió impulsar los labios noté que me

quería hablar. Con el ceño fruncido y adusto me informó haberse posado junto a mí la noche anterior. Había decidido ponerle fin a su añorada caminata digestiva cuando me vio sometido a ese diáfano silencio que es la noche. Le pregunté por qué él me definía también como loco y con prisa respondió fútilmente: —porque aparte de la oscuridad que representa la noche, el silencio nuestro era muy similar en aquella ocasión. De momento me acostumbro a esta especie de soledad que equilibrio con discreción para hallar placer en un espacio de ciento veinte metros cuadrados pero sus suspicaces y a veces malvadas propuestas me ponen en un trance hipnótico que como una ilusión no me dejaba avanzar. —Para nosotros cualquier día puede ser el fin del mundo... —Repitió tanto y de corrido esa frase que empecé a considerar vivir dos vidas; dos mundos paralelos.

He considerado incluso que el mundo está loco, que todos estamos locos. Las vidas han empezado a ser como las ciudades, solo han estado ahí, esperando que algo pase con ellas. El corazón se ha vuelto puro silencio porque no sabe qué sentir, ahora hago cosas sin saber por qué, en mi defensa digo que me han parecido buena idea y que poder hacerlas es gratificante.

No solo yo he invertido mis hábitos, muchas personas lo han hecho y es debido a la situación, andamos buscando posibilidades nuevas y es lo que rescato de la cuarentena; supongo que nos ha hecho más exploradores, aunque sea desde nuestra casa. Viviremos así días y meses, en esta cuerda floja en la que nos ha puesto el tiempo, pero al final uno se acostumbra a todo. Todavía recuerdo cuando vine aquí a pasar el puente festivo, nunca imaginé que se trataba de lo que considero unas vacaciones indefinidas y ahí es donde está el horror. Pasó una semana y era cosa de que la naturaleza se manifestara; respirar el aire nos parecía tan limpio que hería las fosas nasales y entonces comprendí que no todo es tan malo.

Todos los días pienso en morirme.

Esa tristeza pusilánime, esa encarnación de aversión en la que me había puesto era la misma que deseaba con ahínco enajenar de mí. Noté que había estado a punto de perder mi lucidez para siempre. No quería

que nos hiciéramos daño porque, aunque fuera en el recoveco de la imaginación, debía parar, salir del trance y continuar. Debía liberarme para rescatar mi universo oscuro, mis revoluciones interiores. Sentía la conciencia amorrugada por esa excesiva ambición de querer vivir mundos imaginarios a través de la alienación de chácaras. Qué impaciente era el sabor de un mundo como esos, apenas podías vociferar. Hubo lapsos de tiempo en que los vigilantes de la imaginación te perpetraban sin previo aviso; te cogían como un basurero y de un solo sacudón hacían que tu loca idea de navegar en altamar —la misma que habías considerado indeleble de tu mente— fuera directo al horno crematorio de pensamientos superfluos.

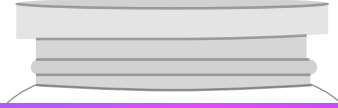
Ha pasado una semana o un par de días, es arduo saberlo cuando te encuentras en medio de tus propias controversias. Poder con este duelo es difícil, ese trance áspero y cobarde parece ser un insulso agente de la vida contemporánea y eso es pernicioso para un alma lóbrega y dispuesta a nada. Asimilar luego de aquel día cada paso que daba me ponía en estado de desesperación. Consternado, sorprendido y hasta más yo me encontraba, pero era también el silencio sepulcral el que me acompañaba en este camino del cuarto al balcón con el que comenzó todo.

Quería hablarle a alguien y la casa se encontraba vacía, ¿solo en casa, en cuarentena? Era como un alma ciega que me guiaba a tientas hasta mi lugar en el mirador, yo tenía miedo y ya no podía regresar. Había comprobado el valor que tiene un silencio y sabía que estar de nuevo allí me llevaría a vivir una nueva doble vida. Tal vez con recelo empezaba a ceder ante quien en representación de Virgilio me ayudaba a descender hacia el eslabón de mi preferencia, de mi infierno. Sentía que el viaje comenzaba, que el globo que me transportaba era tal cual lo deseé antes de iniciarme en el trance. Comprendí que si quería cerrar esa puerta, que no sé porqué abrí, debía envilecer a los guardias, llegar a la cima y salir sin recelo, pero haciendo mella en sus burlescos rostros.

De nuevo el alma de las palabras residía en mi mente como la representación de una mirada ciega. Tanto que me atreví a definir mi vida ahora como un pequeño barco en medio de tempestades, que azota cada día el oleaje de noticias y las tormentas de comunicados que quieren que uno

se halle sin control de sí mismo. También vislumbro la ciudad que centellea frente a mis ojos como una ilusión. Diviso el valle. Es una felicidad, una libertad que no tiene una descripción que no alele a quien contemple la ciudad como yo ahora; fulgurante y detenida en el tiempo. He estado de acuerdo conmigo en algo y es en regalarme más soledad y por esto me acerco a los ventanales que parecen cavernas dirigidas al corazón del océano. Esta es la vida misma, no se siente el pasar de los minutos taladrar la tierra. Parece que es el tiempo detenido junto a ese prado naciente en la hierba rodada; el viento. Mi vida es como ese pequeño barco que se acerca a lo profundo del mar y se vuelve en cordilleras de agua que golpean mi coraza, mi fortificación.

Aquí encontré la vida, una nueva vida llena de peripecias que cada día aliviano con el café matutino.



El millonario

Norman Simón Rodríguez

En el frutero de la cocina, una mosca se frotaba las manos con fruición. Las persianas del cuarto rechinaban levemente, columpiándose por el efecto de la rotación del mundo, y la brisa, empegotada como el arequipe, obstruía el paso del aire por las rendijas del respiradero del baño. Lo que ayer quedaba de un mordisco de luna, hoy lo cubría un vapor negro de sombra. Como todas las noches a la medianoche, el apartamento parecía estar sumergido en el fondo del océano, rodeado de cachalotes mudos.

Benjamín Restrepo era profesor de inglés. Pasó varios años de su adolescencia en Nueva Zelanda, trabajando en una finca lechera como ordeñador. Después se volvió a Medellín, en donde empezó primero a enseñar en la Universidad Eafit y luego en varios colegios privados, hasta que entró en la moda de enseñar *online* y se retiró de su trabajo físico para trabajar de lleno desde la Internet. Aquella noche, Benjamín acabó una lección con un estudiante chino, se tomó una taza de té negro en aguapanela y se acostó a dormir. Las últimas dos semanas habían sido como un mismo día repetido quince veces, con salidas solo a hacer mercado.

Bajo sus sábanas, ya en la fase en la que uno olvida aquello que acaba de pensar, se creyó casi dormido e intentó no moverse para no salir de su dulce sopor. Pero entonces tuvo un sueño en el que un ruido lo despertaba, y despertó y se dio cuenta de que no había sido un sueño.

—Drip, drip, drip —le susurraba algo desde la cocina.

—Las moscas...las moscas no suenan así... —pensó él, bostezando en su imaginación.

Y como el ruido no cesara, Benjamín Restrepo se descubijó, se puso las chancletas de *Iron Man*, anduvo hasta la poceta y se dio cuenta de que el grifo goteaba. De nada valió intentar cerrarlo con fuerza descomunal, ni envolverlo con un trapo. Fue a tientas y encontró una ponchera, y la puso debajo de las gotas.

La primera clase del siguiente día se la dictó a un empresario petrolero de Kiev. Bajo las densas capas de acento ucraniano fluían espesas conjugaciones del verbo *to be*, y de vez en cuando brotaban llamas geniales de *I like cheesecakes* y *I have a cow called Molly*. A las 10, clase con un esquiador de Brasil. A las 12, almuerzo vegetariano pedido por Rappi. A las 2, llamar a su amiga Marcela a preguntarle si había visto la noticia de la pareja de abuelitos que se inscribió para viajar a Marte. El resto de la tarde preparó sus clases, chateó con algunos estudiantes y escuchó trece veces seguidas *Me quedará solo* de Amistades Peligrosas.

A las siete de la noche fue a la nevera a sacar limonada y se asomó a la poceta. Quedó pasmado al ver que la ponchera ya se había llenado casi al tope. ¿Cómo un hilito de gotas podía llenar una ponchera así? Entonces llamó a doña Susana, la dueña de la casa, para contarle del daño. Ella le dijo:

—Ahora todo el mundo anda guardado, no hay forma de traer un plomero, usted sabe.

Sí, él sabía. Así que decidió hacer buen uso del agua y la convirtió en café. «Tengo para hacer café todas las noches», pensó, mientras volvía a poner la ponchera.

Pero lo que no sabía Benjamín era que la fuerza del agua no se atiene a las necesidades humanas, porque a la mañana siguiente la ponchera estaba del todo llena, y rebosando. Las gotas ya caían a tal frecuencia que se habían sincronizado con el reloj de la pared, en contratiempo:

—Tic, drip, tac, drip, tic, drip...

Un ecologista de convicción, Benjamín se hizo el propósito de no malgastar esta agua repentina y empezó a hacer cosas que llevaba mucho tiempo sin hacer. Limpió el piso, lavó el baño, hizo gelatina, puso frijoles cargamanto a remojar. Cuando la ponchera se llenó aún más, hizo ejercicio para tener sed y poder tomar limonada, limpió las ventanas del apartamento por fuera, lavó los platos dos veces, sacó los huevos de la nevera y los limpió uno por uno y le dio de beber al gato del vecino. Esta rutina, sin embargo, después de varios días, se hizo difícil de sostener, y sus estudiantes se empezaron a quejar del ruido de fondo que se oía en las clases, que sonaba como lluvia cayendo por un pitillo.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que Benjamín tuviera que instalar una manguera con que desviar el agua a un recipiente más grande. Y aun así, el recipiente se llenaba muy rápido, tanto que la casa no lograba ensuciarse bien cuando ya Benjamín la estaba lavando de nuevo.

—No, Benjamín —le dijo Marcela un día, inteligentemente—, empiece a repartir agua entre los vecinos, porque a este paso se va a inundar.

Y él le hizo caso, mandando una cadena de WhatsApp a los vecinos de la urbanización, pidiéndoles que trajeran botellas de tres litros de Coca-Cola, tarros gigantes de leche Klim y ollas de mazamorra para «ser llenadas con agua de gotera, PERO LIMPIA 🍷». Con los días se empezó

a aglomerar la gente, se formaban largas filas de personas con tapabocas separadas por dos metros, tanta gente había que parecían más las personas que las gotas, y todos salían con su ración de agua gratuita.

—¿Y no les está cobrando? —le preguntó Marcela el fin de semana.

Este Benjamín, tan considerado que era, solo cobraba sonrisas, suponiendo a sus conocidos (y desconocidos) en graves estrecheces económicas. Y no era capaz de cobrar tampoco, porque pensaba que si lo hacía, nadie iba a venir y no iba a tener dónde meter tanta agua. Y la situación de este pobre hombre habría seguido así, quién sabe por cuánto tiempo, de no haber sido por lo que pasó un poco después.

En el Éxito de El Poblado, hace como cinco semanas, hubo una época de mucha escasez en la que se acabaron los masmelos de la sección de confitería. También se había acabado el papel higiénico. Uno de esos días, un viernes, a un acomodador llamado Ramón lo habían mandado a poner panderitos en los estantes, precisamente en Confitería, y como a las dos de la tarde vio que se formó un tumulto a unos pocos metros de él. Se acercó disimuladamente, haciendo como que iba a trabajar, y vio a una amiga suya, a Silvana, feliz, abrazada con una muchacha que él no había visto nunca en su vida. Se estaban tomando una selfi. Cuando terminaron, otras personas, que estaban haciendo fila sin respetar los dos metros, también se tomaron fotos con la extraña.

Ramón se le arrimó a Silvana.

—¿Y esa quién es?

—¿Cómo que no sabe? —respondió ella, poniendo carita de emoticón asustado.

Él encogió los hombros.

—Esa es Linda Dayana, una *influencer* muy famosa de Instagram. Está haciendo una campaña social por lo de los masmelos.

Ramón quiso soltar la risa, pero vio a Silvana muy comprometida con la causa, y simplemente frunció la boca con solemnidad y cambió de tema. Y luego volvió a los panderitos.

Semanas después, este mismo Ramón se enteró de lo de la gotera porque alguien le mandó la cadena de WhatsApp. Ramón no vivía en El Poblado, así que lamentó no poder ir a reclamar su agua gratis, pero pensó en que su amiga Silvana se podría beneficiar de la generosidad de Benjamín. Entonces la incluyó en la cadena, y así, al día siguiente, muy cumplida, Silvana estaba en la fila afuera del apartamento de Benjamín con un tarro de Nesquik. Cuando llegó su turno, se quedó mirando a Benjamín, que tenía el porte de un hombre bueno, cuya generosidad se derramaba a cántaros. Lo vio que tomaba un balde grande y respiraba con fuerza cuando lo alzaba, y que cuando lo soltaba lanzaba la mirada perdidamente a lo lejos, lo cual, junto con su bigotín peinado, lo hacía parecerse asombrosamente a una pintura de Botero. Silvana, sin pudor que lo impidiera, sacó su celular y le tomó una foto, le puso un filtro para que no se viera tan gordito, y publicó en su Instagram: «Un héroe... ♥ ♥ #YoSoyBenjamin».

La foto llamó la atención de muchas personas, pero no la de Linda Dayana, que en ese momento estaba ocupada haciendo un tutorial de maquillaje. Sin embargo, cuando la etiqueta se volvió lo suficientemente popular, como para las cuatro de la tarde, la reconocida *influencer* la notó y reconoció a Benjamín, porque él le había dado clases de inglés el año pasado, antes de que ella fuera famosa. Movida por su sensibilidad característica, Linda Dayana empezó a promover la etiqueta e incluso, esa misma tarde, caminó hasta la casa de Benjamín y se tomó una foto con él.

Para la mañana siguiente, Benjamín se sorprendía de ver su nombre en los celulares de todos los que venían a su casa por el agua. Había fotos, muchas fotos de personas que tenían carteles en sus manos con la

frase: «#YoSoyBenjamin», y expresiones de gran seriedad en sus rostros. Mujeres, hombres, niños, niñas, ancianos, muchas personas, e incluso gente que no se llamaba Benjamín.

La fama se había venido sobre Benjamín de la noche a la mañana como una ola. Ahora repartía su tiempo entre dar clases de inglés, recoger agua y tomarse fotos con fans que se alegraban exageradamente de verlo, como si todos vivieran en el desierto y su agua fuera la única que existiera. Y cuanto más gente venía, más popular se hacía Benjamín en Instagram. Las cosas llegaron a su auge cuando lo llamó una mujer de voz aguda y acelerada como la de un hámster, la cual le informó que lo estarían visitando los periodistas de Teleantioquia para hacer un reporte sobre su historia. Nada más y nada menos que para la sección de Entretenimiento. Lo mejor era que la nota tenía como objetivo ayudarlo a recaudar fondos para su labor social.

Benjamín se alegró, claro, y se levantó de madrugada, y procuró bañarse bien y afeitarse para salir presentable en televisión. La *influencer* Linda Dayana lo acompañó, fue ella quien dio el tour por la casa de él, fue ella quien mostró aquel grifo bondadoso que había abierto la puerta a la solidaridad en tiempos de crisis. Incluso fue ella quien lo maquilló. Y los periodistas de Teleantioquia estaban encantados, ya pronosticando un aguacero de donaciones.

—¿Y a qué horas sale la nota?

La periodista le dijo que ese mismo día en el *prime time*, a la una y media de la tarde, cuando todo el mundo está almorzando y viendo noticias. Qué felicidad.

La emoción de Benjamín se le podía notar de lejos. Contaba los minutos y las gotas con fruición, frotándose las manos como la mosca, imaginándose como el tío Rico McPato, nadando en una piscina de monedas de oro. Cuando llegó el medio día, prendió el televisor en Teleantioquia y vio un documental sobre unos tigrillos de Sonsón, cosa que nunca hacía pero que esta vez quiso hacer, temiendo que ese día dieran las noticias más temprano.

A la una empezó el noticiero, y en los titulares se vio a sí mismo con el bigotín y la mirada perdida, inusualmente delgado, y sintió que nunca se había visto mejor en la vida que en esa foto. Había que esperar hasta el final para poder ver la nota.

Pasó la sección de noticias políticas, y luego la de noticias internacionales. Después vinieron los deportes, sección por esos días completamente dedicada a pasar repeticiones del mundial del 2018 porque no había partidos en ningún lado. Y «después de la pausa comercial, las noticias del entretenimiento».

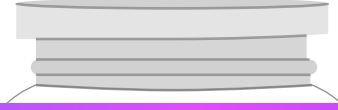
Pasaron los comerciales.

Sonó la música del noticiero. Empezó a hablar la presentadora. Y de pronto, a la mitad de un chisme sobre un reguetonero, irrumpió en la pantalla el escudo de la República y sonó el himno nacional. Era una alocución del Presidente Duque, que se dirigía al país.

—¿Y mi nota? —dijo Benjamín, teniendo a Marcela al teléfono.

Esperaron cuarenta minutos y el Presidente no terminaba de hablar. Benjamín se preguntaba qué pasaría con su nota, si después de la alocución saldría o no. Pero después de una hora, cuando el Presidente se despidió, no dieron más noticias, sino que pusieron una larga publicidad de cremas para adelgazar.

La nota sí salió finalmente, pero a las once de la noche, en una repetición del noticiero. Aun así, unas pocas personas alcanzaron a verla y, más sorprendentemente todavía, alcanzaron a apuntar la cuenta del banco e hicieron donaciones. No era como para nadar en una piscina de monedas de oro, pero sí bastó para pagar la factura de EPM, que llegó muy alta. Con lo que sobró, Benjamín se compró otro balde.



El loco, la obsesiva y el perro viejo

Esteban Meneses Suárez

Vivían juntos un loco, una obsesiva y un perro viejo; así los habían catalogado los psiquiatras y los vecinos con los que compartían calle. A los doctores no volvieron a verlos, solo mes a mes iban por las fórmulas que les habían enviado, a veces ni sabían porqué era que se tomaban esa medicación, pero ellos, como muchos otros, hacen cosas solo por cumplir un mandato. Con los vecinos, todo se reducía al saludo caluroso de alzar la cabeza. Entre ellos ya no recordaban si eran hermanos, esposos o amigos que habían caído por un infortunio en aquella casa vieja, cada uno tenía su lugar y allí no entraba nadie más. Esa era la vida superficial del loco y la obsesiva.

Todos los días salían a rebuscarse el dinero para comer. El loco, acompañado del perro, recogía botellas de plástico mientras insultaba a la voz de su cabeza por haber dejado atrás un envase de gaseosa de dos litros. La obsesiva trabaja en una empresa de confecciones pegando botones, siempre en la misma dirección y en el mismo punto; de vez en cuando corría al baño a lavarse frenéticamente las manos, ya que creía que en el hilo que acaba de usar había una enfermedad mortal.

Así pasaban los días, el loco cerraba con candado su casa para evitar que le rebanaran el cuello en medio de la noche; la obsesiva iba por los pasillos mirando que todo estuviese en su lugar, las canillas cerradas, la estufa apagada, el candado y la tranca puesta, aunque miraba con detenimiento, siempre eran cinco veces las que tenía que levantarse para cerciorarse de que todo estuviese bien. El perro comía a las 6 de la tarde y no cerraba sus ojos hasta saber que las voces del loco y los pensamientos de la obsesiva descansaban por una noche más.

En la casa no había televisión y si la obsesiva quería escuchar la radio debía ser a bajo volumen para que el loco no se alterara, y es que la última vez que escuchó su emisora favorita, el loco tuvo una crisis y salió corriendo por el barrio con un cuchillo buscando a quien lo iba a matar. Por eso, no se enteraron prontamente de lo que estaba aconteciendo afuera, las calles eran el puente entre ellos y su necesidad, mucho no importaba que ocurría allí, así como a nadie le importaba que pasaba en la casa del loco y la obsesiva.

A la obsesiva le pagaban por cada botón que pegaba, no tenía vacaciones. Cada que un botón se aseguraba a la tela, ella iba sumando los 30 pesos que ganaría; en su mente se dibujaban muchos números, sumaba y sumaba todo lo que había a su alrededor. Su mirada perdida y el movimiento de su cabeza, de un lado a otro en un tic, asustaban a los niños. Cuando le comunicaron que debían cerrar el lugar y que no podía trabajar más, la angustia se apoderó de ella, comenzó a rascarse fuertemente su cara causándose una herida profunda; intentaron calmarla, le trajeron agua, ella ceso de flagelarse, pero sentía que debía irse rápido, no sabía adonde o los pasos que debía seguir, pero sabía que tendría que salir de allí inmediatamente. Caminó por las calles de una ciudad acelerada, en la que el gris de la contaminación hacía juego con la nube de números e ideas que susurraban en su mente.

El loco, en compañía del perro, seguía deambulando por la ciudad, por esos parajes en los que nadie tiene nombre y lo único que vale es la basura que traes encima; a esos rincones el virus no había llegado. En sí, ellos son inmunes, inmunes a una vida cotidiana, hacen de la ciudad su alcoba y de la noche su cobija; sin embargo, el loco a diferencia de muchos de los que allí habitaban, iba y volvía, sin pensarlo decidió no ser

como ellos, se adentraba en la ciudad de nadie, cambiaba los desechos de otros por unos cuantos billetes y volvía; sí, algo lo impulsaba a recoger sus pasos, y en aquellos días oscuros en los que los edificios parecían caerse y el asfalto parecía abrirse y tragarse una vida anónima como la de él, su perro era su guía de vuelta a su vieja casa.

Esa noche, al regresar a casa, como de costumbre iba a dejar sobre la vieja mesa su producido, pero allí a media luz estaba la obsesiva con la mirada perdida; tras unos segundos de silencio y con una *aguapanela* en la mano, le dijo que estaba preocupada porque un bicho que había en el aire les impediría salir, pues se contagiaban y podían morir; y es que aparte de esos muros y las arañas en las esquinas de la pared, el loco y la obsesiva comparten el miedo profundo a la muerte. Fue así como comenzó la cuarentena del loco, la obsesiva y el perro.

Inmediatamente, el loco buscó su martillo, esa idea de que hay un bicho en el aire lo llevó a tirar el colchón al aire y buscar las tablas de su sonora cama e intentar tapar las ventanas de su casa. La obsesiva rascaba sus brazos compulsivamente, quizá el aire es invisible, pero en este caso se transformó y cobró el rostro del temor, la angustia y el terror.

En medio de todo, la voz de la obsesiva era una guía para el loco, como pudo trató de decirle que no hiciera eso, que mañana era otro día y mirarían qué hacer, que por hoy intentara dormir. Después de su rutinario ritual, se acostó, apretó fuertemente su almohada, intentaba recordar qué era lo que la mantenía con vida, aferrarse a algo para soportar esto; las lágrimas caían, anhelaba un abrazo, anhelaba sentirse amada y amar.

Una fantasía humana ha sido intentar dominar el tiempo y sus inclemencias, pero siempre será un intento fallido que demuestra que somos esclavos de algo que jamás veremos ni entenderemos. Por aquellos días comenzaba a aumentar la temporada de lluvias, en especial en esa zona de la ciudad solía llover en la madrugada, inicialmente eso no es problema, pero en aquella casa vieja muchas cosas estaban fracturadas.

A las 2:45 a. m., la obsesiva comenzó a escuchar un sonido repetitivo, <<tac, tac>>, no pudo soportarlo más de dos minutos, se levantó y observó que estaba cayendo una gran gotera cerca de su cama; no supo

que hacer; aquella mujer siempre era de rutinas, de colocar la ropa vieja y curtida por tonos en su closet, limpiando todo tres veces, “por si las moscas”; le generaba pánico no poder tener el control de algo, por eso fue que reacciono sin pensar, solo pudo gritar.

El loco era un ser muy incomprendido, bueno ¿y quién no?, ¿acaso podemos meternos en el alma de otra persona en su totalidad?, ¿acaso no es verdad que solo juzgamos a alguien por sus comportamientos?, ¿que somos expertos en decir cómo deben comportarse, como deben sentirse? El loco intempestivamente y derribando una silla llegó al cuarto al que hace mucho no entraba, llevaba en su mano un cuchillo, siempre pensaba que algo malo estaba por ocurrir, que alguien los iba a atacar, por eso guardaba cuchillos en su cuarto, pero esta vez lo que encontró fue otra escena. La obsesiva estaba allí acurrucada, él quedo atónito y no le dijo nada, pero era obvio que ella buscaba su protección; sin mediar palabra, él fue por un plástico y una sábana, pensó que aquello podía mitigar el sonido. Se quedó ahí, aguardó. Se conectó a lo que la obsesiva necesitaba, sabía que eso la atormentaba y en la lucidez de su sentir la acompañó desde la lejanía de su mirada. Apagó la luz y fue a apagar la voz de su cabeza, para él ese era su mejor descanso.

La aguapanela con pan y quesito era la forma como la obsesiva le demostraba agradecimiento al loco. El perro movía su cola más de lo habitual aquella mañana, como si recuperara las fuerzas que hace tiempo parecía haber dejado atrás. En aquella casa vieja, un pacto de unión se había visualizado en el aire. Al caer la tarde, volvió a llover. De nuevo cayó la gotera en el cuarto de la obsesiva, pero esta vez, también cayó en el corredor oscuro que comunicaba los tres cuartos de la casa. La obsesiva miraba con angustia, mencionó que quizá debían llamar a alguien para arreglar el daño, y es que con cada gotera aquella mujer sentía como si una picadura de una abeja atravesara su piel y con ello atrajera todo un panal. El loco, impaciente e impulsivo como era, dijo que él podía, que pa’ que llamar a alguien, igual traía ese bicho del aire y todo resultaba peor, que esperaran a que cesara la lluvia y él lo resolvía. La obsesiva tapó sus oídos como si con eso se sumergiera en su mundo donde los números encajaban

perfectamente y los colores seguían su secuencia sin alteración alguna. La lluvia fue cesando poco a poco y el loco iba parando de ir y venir con los frascos en los que caía el agua.

Al salir el sol, el loco ya tenía todo dispuesto para terminar la tempestad, al tocar el primer peldaño de la escalera solo escuchó el murmullo que decía: —con cuidao'—. Subió decidido, ya lo había hecho antes, aunque ahora todo era difuso cuando miraban atrás. Caminó tranquilo; por su lado, la obsesiva con una escoba tocaba donde caía la gotera. Mientras caminaba por el techo, y el perro desde un rincón miraba con sigilo, sintió un mareo repentino al hallar entre las tejas una pequeña princesa de juguete que extraviada sufría las inclemencias del tiempo; voces fugaces entraron en su mente como disparos fulminantes. Casi resbala. Como pudo se agachó, varias tejas sucumbieron al peso frágil de aquel hombre al trastabillar; siguió con su único propósito, callar lo inevitable.

Cuando bajó, su semblante tenía algo inusual, una tensa calma se había apoderado de aquel loco. Fue a su cuarto y allí permaneció por el resto del día. Afuera un plato de lentejas lo esperaba, las moscas cenaron en lugar de él. Desde la calle, la vieja casa podría parecer abandonada, ventanas cerradas, puerta gastada, reja oxidada y sin luces que le dieran otro color al gris opaco que predominaba.

La lluvia regresó y trajo algo más que goteras.

Hay días en los que cientos de detalles se juntan, el rompecabezas se completa y el escenario queda limpio para que la obra que tanto había aguardado por fin se despliegue. En medio de la noche, el perro al que parecía que se le había ido la voz junto con la alegría de sus amos, ladraba sin parar, lo hacía en el corredor que unía las tres habitaciones de la casa, pero esta vez parecía señalar el cuarto del que no se abrían las puertas. En la cuarentena todo se había alterado, los mecanismos para desviar la atención de lo que pasaba adentro se habían quedado afuera lidiando con aquel virus. Ahora, la soledad se enfrenta con el tiempo, buscando dilatar una verdad que pulsa por ser declarada.

El loco se puso la ropa que vestía hace tres días; la obsesiva con su bata solo se asomó a media puerta para ver que ocurría, ya sus manos apretadas mostraban una gran angustia. El loco se acercó al perro, lo hizo con mesura ya que vio en este mucha rabia, lo abrazó y los ladridos pararon. Cuando el silencio penetró la oscuridad de la casa, se escuchó el <<tac, tac>> al interior de la alcoba; el loco y la obsesiva cruzaron una mirada que tenía mil páginas de una historia no escrita.

Dudó un momento antes de abrir aquella puerta, pero preservar lo que había en el interior era para ellos más importante que la locura y sus obsesiones. Las goteras habían penetrado el lugar donde hacía mucho no confluían las presencias del loco y la obsesiva, pero allí estaban guardados sus más profundos afectos y recuerdos. Al encender la luz, parece haberse despertado otro lugar; el gris de la casa se evaporó y tonos pasteles y el violeta se veían por todos lados. La gotera caía en medio de la cama y el mueble donde permanecían algunos muñecos y princesas, sintieron un cierto alivio al ver que nada se había dañado.

El loco y la obsesiva recordaron en silencio la noche de aquel fatal accidente por el que su hija perdió la vida; con ella se fueron sus sueños, metas y anhelos, perdieron las sonrisas, el color y el amor. Ganaron la locura y las obsesiones que esta noche duermen junto a las lágrimas que derraman; después de mucho, cerraron sus ojos en una misma habitación. No pueden salir, afuera los espera un virus, adentro los acoge la verdad y el dolor del que no es posible huir.

INFORMACIÓN DE LOS AUTORES

Brigit Pineda Arroyave

Estudiante de Psicología, Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín.
Pertenece al semillero de investigación Sapere Aude.
Correo electrónico: brigit.pinedaar@amigo.edu.co

Carlos Andrés Córdoba Quintero

Fotógrafo profesional, Academia Cultural Yurupary. Fotógrafo documental
y director de la revista Monocromo.
Correo electrónico: carloscordobafoto@gmail.com

Esteban Meneses Suárez

Especialista en Problemas de la Infancia y Adolescencia, Universidad de
Antioquia. Psicólogo, Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín.
Actualmente labora como psicólogo en una institución educativa y de
manera particular.
Correo electrónico: estebanmeneses27@gmail.com



Jorge Iván Gaviria Mesa

Magíster en Filosofía, Universidad de Antioquia, sede Medellín. Docente de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas e investigador del grupo Jurisol de la Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín. Es autor del libro *El Estado colombiano en el modelo teórico de Thomas Hobbes*.
Correo electrónico: jorge.gaviriame@amigo.edu.co

María Isabel Zapata Cataño

Estudiante de Derecho, Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín. Pertenece al semillero de investigación Técnicas de Oralidad en el Proceso.
Correo electrónico: maria.zapataat@amigo.edu.co

Marlon Andrés Carmona Otálvaro

Asesor de servicio al cliente. Estudiante de Filosofía, Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín.
Correo electrónico: marlon.carmonaot@amigo.edu.co

Norman Simón Rodríguez Cano

Consultor en ciencia de datos aplicada a políticas públicas.
Correo electrónico: nsrodriguez@unal.edu.co

Rubén Darío Ramírez Arroyave

Magíster en Educación, Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín. Docente adscrito al Departamento de Pedagogía de la Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín. De su autoría se han publicado libros con reconocimiento estético-literario.

Correo electrónico: ruben.ramirezar@amigo.edu.co

Santiago Andrés Rojas Barrientos

Estudiante de Comunicación Social, Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín. Diplomado en herramientas digitales para el periodismo, Politécnico Superior.

Correo electrónico: santiago.rojasba@amigo.edu.co

Sara Estefanía David Vallejo

Estudiante de Psicología, Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín. Integrante activa del semillero de investigación Sapere Aude.

Correo electrónico: sara.davidva@amigo.edu.co

Sarita Castro Grajales

Fotógrafa digital, Unitécnica Manizales. Fotógrafa independiente. Estudiante de Psicología, Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín. Pertenece al semillero de investigación Psicología y diversidades.

Correo electrónico: sarita.castrogr@amigo.du.co

Este libro quedará guardado en la memoria colectiva. Es el registro de cuánto subvaloramos el poder de las palabras, hasta que nos topamos de cerca con el término *pandemia*. El lenguaje nos ha mostrado su fuerza en estas ocho letras, que tejen un entramado de dualidades: nos dividen, pero nos unen; nos angustian y, en contraste, nos llenan de esperanza; nos traen de vuelta a lo simple y nos exigen proyectarnos.

Pues bien, las letras son también el medio para expresar las emociones que ha desbordado el virus, y que quieren expresarse a los lectores que se acerquen a este libro. Esta no es solo una forma de entender en el presente y en el futuro la situación de salud pública que atravesamos tantos países del mundo, sino también un medio para comprendernos y para ponernos en el lugar de otros, ¿será que usted se sentirá identificado con alguno de los autores? Seguro que sí.